

Il '68 spiegato ai ragazzi di Marco Grispigni

Avete figli o nipoti che vi chiedono del '68 ma non si fidano dei padri o dei nonni?

Avete fatto il '68 ma dopo mezzo secolo non vi ricordate più di niente e confondete date ed eventi?

Siete semplicemente interessati alla storia contemporanea?

Ecco qui un libro da non perdere anche per le splendide illustrazioni e grafiche di [Andrea Nicolò](#).

In ogni caso sappiate che "siete per sempre coinvolti".

Mezzo secolo fa il 1968, l'anno degli studenti. Una data fondamentale nella storia della seconda metà del XX secolo. L'inizio di qualsiasi male per i "ragionevoli" credenti nel "dio mercato", per i moralisti, per i fautori di un ordine che sembrava naturale e immutabile. Insomma per tutti quelli che prima del '68, in quanto maschi, professori, politici, imprenditori, potevano imporre le loro idee senza nessun rischio di contestazione. Per altri, pochi ormai, invece la data della nostalgia, del ricordo struggente di una gioventù ribelle. Questo libretto vuole cercare di parlare di quell'anno (e in senso lato degli anni Sessanta), del suo carattere internazionale, delle rivolte, delle sue canzoni e dei suoi libri, ma anche di quel mondo contro cui ci si ribellava che a quella contestazione reagì violentemente. Un racconto indirizzato a chi oggi ha la stessa età di quelle ragazze e ragazzi che invadevano le strade, occupavano scuole e università, sognavano di cambiare il mondo. Età di lettura: da 13 anni.

(Il '68 spiegato ai ragazzi di Marco Grispigni con

Cincuentenario de 1968. El 22 de marzo de 1968, mayo del '68 y las mujeres de Florence Prudhomme*

Intervención sobre el 22 de marzo y las mujeres, en el coloquio "Sobre las huellas del Movimiento 22 de marzo", organizado el 23 de marzo de 2018 en la Universidad de Nanterre por el movimiento 22 de marzo.

¿Mayo de '68 y el feminismo? ¿Mayo del '68 y las mujeres? ¿Cómo responder a la paradójica cuestión que se me ha planteado? Ausentes del movimiento de mayo, desde el otoño del '68 se expresaron sin embargo las reivindicaciones de las mujeres, y más ampliamente a partir de las asambleas generales no mixtas en Bellas Artes en el otoño del 70. Pero en el '68, a pesar de algunos indicios de los que hablaré más tarde, su visibilidad era igual a cero. Esta cuestión de "mayo del '68 y las mujeres" reenvía a otra: "Mayo del '68. ¿Y después?" Así formulada, me parece que la cuestión presenta una coherencia, portadora de continuidad entre los dos términos que son, de un lado "mayo del '68" y del otro "las mujeres". ¿Quiénes éramos nosotras en el 68, cuando nuestras consignas eran: "La imaginación al poder" o "Gozad sin trabas", temas premonitorios de la "revolución sexual" que se anunciaba?

Teníamos 20 años, eran “nuestros bellos años”, nuestros jóvenes años. Un hermoso mes de mayo. ¿Y quiénes somos hoy? ¿Testigos, hombres y mujeres militantes, soñadores, poetas, “históricos” del 22 de marzo?

¿Cuáles son las huellas de mayo del 68 en nuestras vidas puesto que se trataba de “cambiar la vida” y que el título de nuestro encuentro nos incita a ello? Trataré de responder inspirándome en mi recorrido de militante, que comienza en el 68 –incluso un poco antes- y prosigue hasta ahora. Mi contribución no es otra cosa en definitiva que un modesto y breve ensayo de ego-historia.

¿Cuándo y cómo comienza mayo del 68? Todo el mundo lo sabe. Por la detención de Xabier Anglade después del ataque de militantes, de entre los cuales él era uno de los más convencidos, contra *American Express* el 20 de marzo, para protestar contra la guerra en Vietnam. Esa detención, a la que enseguida responde la consigna “¡Liberad a nuestros camaradas!”, fue seguida dos días más tarde por la ocupación de la sala del Consejo de la Universidad de Nanterre.

Para mí, mayo del 68 se inició dos años antes. En el 66 me acuerdo de la primera manifestación en la que yo he tomado parte, ante el Teatro de Odeón contra los fascistas que querían impedir la representación de *Los Biombos* de Genet. En ese recuerdo del 66 está incluido un recuerdo más antiguo, que permaneció vivo en mi memoria de infancia. Diez años antes era una niña, tenía 10 años. Vi con mis padres la película *Noche y niebla* [de Alian Resnais, ndt] y descubrí en treinta y dos minutos los crímenes masivos, el genocidio de los judíos, el antisemitismo, el nazismo, el odio del otro. Esas imágenes me marcaron para siempre. Estuvieron en el origen de todos mis compromisos: en mayo del 68, en el MLF (Movimiento de Liberación de las Mujeres, ndt), en Ruanda y en Calais...

Antes del ‘68, en el ‘64, ‘65, digamos que era rebelde frente a la moral rígida y autoritaria de mis padres. Mi conciencia

política proviene de esa época en la que fui alejada por ellos al extranjero para refrenar y olvidar tanto mis primeros amores como mis deseos de niña, y dedicarme exclusivamente a mis estudios... En el '66 volví a Francia. Continué mis estudios de filosofía en Nanterre.

En el paisaje de 1966 y en el del '68 estaba Talila, mi amiga de siempre. Años después, estaba encantada cada vez que la escuchaba. Su voz es indisociable de mis recuerdos de esos años. Me acuerdo de las tardes en que escuchábamos cantar en una u otra de nuestras habitaciones en la Ciudad Universitaria. Más exactamente estaban Talila, mi hermana Dominique y yo misma. Nos alojábamos en el edificio de las chicas) [\(1\)](#). Allí, mayo del '68 empezó en marzo del '67, cuando las chicas reclamaron la libertad de circulación de los chicos en su edificio, no mixto, contrariamente al de los chicos en el que estaba autorizada la presencia de chicas. Esta reivindicación de mixidad) [\(2\)](#) manifiesta la ausencia flagrante de libertades que sufrían las chicas y las mujeres en esa época. Como prueba, el decano Grappin no quiso verlas ni escucharlas. Describió la ocupación del edificio de las chicas hablando de los "invasores" [3/](#), como si las chicas no se hubieran expresado ellas mismas. De hecho, ellas no tenían la palabra en esa sociedad fuertemente patriarcal.

Habría mucho que decir sobre la pretendida "mixidad" democrática, en la que *de facto* los hombres tienen el poder y usan y abusan del mismo contra las mujeres. Serán necesarios algunos decenios de reuniones no mixtas para llegar a deconstruir esa igualdad de fachada que se declina tanto en violencias conyugales como en desigualdades salariales. Serán todavía necesarios algunos años o decenios para deconstruir el pretendido "consentimiento" de las mujeres con la violencia que se ejerce contra ellas. Lo que el movimiento "Me Too" ha empezado a hacer recientemente.

En Nanterre me gustaba la proximidad de los "camaradas" (como se decía entonces) anarcos, trotskistas, situacionistas y

otros. El surrealismo influía en las consignas. La noche del 22 de marzo estábamos juntos sin demarcación definida y definitiva, ocupando con alegría la sala del consejo, en el octavo y último piso del edificio administrativo. Chicas y chicos. Las chicas más difuminadas, como lo quería la época. La diferencia entre los sexos estaba oculta y el mundo quedaba “naturalmente” regido por la superioridad masculina.

Mayo del 68 fue un movimiento insurreccional, una toma deslumbradora de libertad, que trastornó la vida de un número inmenso de personas. La sociedad era encorsetada, sofocante, irrespirable, basada en estrictas relaciones de dominación. Hay que recordar la atmósfera de los institutos de chicas y la de los institutos de chicos para entender las constricciones morales que reinaban entonces. Hay que recordar que, simultáneamente, los levantamientos y los movimientos de independencia se extienden por los cinco continentes. Inspiraban a la juventud. Y la sociedad francesa tomó bruscamente conciencia que un tercio de la población (4) tenía menos de 20 años y que los jóvenes (los hijos del *baby boom* de la postguerra) tenían sed de futuro y de vida verdadera. Las relaciones de dominación fueron sacudidas en las universidades, en las fábricas, en los hospitales, con excepción de las que regían las relaciones entre los hombres y las mujeres. Las reivindicaciones de las mujeres a nivel social, económico y político no se tomaban en cuenta. Y todavía menos las que concernían a su cuerpo y su sexualidad. Sin embargo, “la vida sexual” (5) estaba abiertamente a la orden del día. Recordamos la frase dirigida por Daniel Cohn Bendit al ministro de la Juventud y los Deportes, en enero de 1968. Declaraba al ministro que en 300 páginas, en su Libro Blanco sobre la juventud, no se hacía mención en ninguna parte a los “problemas sexuales” de los jóvenes. El término neutro de “los jóvenes”, aparentemente asexuado, no dejaba de mostrar la ocultación de los problemas sexuales de las mujeres.

Recordemos, sin embargo, que el Movimiento francés para la

Planificación Familiar (MLF) existía desde 1960 y, algunos meses antes de mayo de 1968, en diciembre de 1967 (6), la ley Neuwirth adoptada en la Asamblea Nacional, autorizó la anticoncepción y especialmente la pastilla anticonceptiva. La ley Neuwirth fue un primer paso hacia la revolución de las mujeres. Puso parcialmente fin a la ley de 1920 que prohibía la anticoncepción y el aborto. Una ley reforzada bajo Vichy que decretó el aborto "crimen contra el Estado" susceptible de la pena de muerte (7). Para anular definitivamente esa prohibición será necesario esperar a los eslóganes del MLF, "nuestro cuerpo nos pertenece", y el Manifiesto de las 343 en abril de 1971 seguido por la Ley Veil, en 1975. Pero reconozcámoslo, desde el '67, el derecho a la anticoncepción cambió la relación de las mujeres con la pareja, la sexualidad, la familia, la maternidad, el trabajo o la ambición personal. Esta realidad – la ley Neuwirth y la planificación familiar-, lo que llamaba más arriba los "indicios", no fueron registrados por los militantes del '68 y esa es una de las mayores aporías del movimiento de mayo. Evidentemente el sujeto del discurso era un sujeto masculino animado de una sexualidad masculina, gozando muy simplemente de una libido fálica y que no corría los riesgos de un embarazo no deseado y de un aborto clandestino, peligroso y a veces mortal.

Mayo del '68 fue un movimiento muy breve, fulgurante, pero decisivo. Contuvo en su corazón el movimiento del MLF y del Frente Homosexual de Acción Revolucionaria (el FHAR) y arrastró la radicalización del Movimiento francés para la Planificación Familiar. Es difícil dar una fecha certificada para el MLF. Para unas es el '68, para otras el '70-'71. Pero es claro que mayo del '68 dio los primeros empujes a través del impulso para la libertad entre las jóvenes chicas que éramos, presentes en la noche del 22 de marzo en Nanterre, o sobre las barricadas y las manifestaciones en París. Esa ola que nos llevaba era poderosa y fuerte. La efervescencia espectacular y creativa del '68 prosiguió en el curso de los

siguientes años. El '68 fue el terreno fértil en el que germinaron el feminismo, el orgullo homosexual, la ecología y una solidaridad más humana que política. Para las mujeres, el movimiento se desarrolló en lucha por el aborto libre y gratuito, manifestaciones de solidaridad internacional y de solidaridad con las obreras en lucha en Francia, presencia en los procesos al lado de las mujeres que habían abortado o habían sido víctimas de violencias sexuales y también al lado de las prostitutas en lucha en Lyon en 1975. Escribimos todo tipo de periódicos inspirados en la insolencia y la radicalidad de mayo del '68, *El trapo de cocina quema*, *El diario de las mujeres* y otros muchos. La sexualidad femenina fue denominada, estudiada, cuestionada. El movimiento de mujeres en todas sus componentes fue y sigue siendo una iluminación dinámica que descodifica y combate la visión falocéntrica del mundo, en sus formas más manifiestas, la misoginia y el feminicidio. Las iniciativas del movimiento de mujeres fueron transversales e internacionalistas. Puedo citar en desorden y sin ánimo de exhaustividad: los cuadernos de quejas de las mujeres, los Estados Generales de las mujeres, los lazos con las mujeres españolas en lucha contra el franquismo, la denuncia de las violaciones, arma de guerra en la ex-Yugoslavia o en Ruanda. Durante tres decenios he trabajado ahí, en el MLF, así como en las ediciones *De las mujeres*. Y sería injusta si no mencionase el psicoanálisis como uno de los componentes intelectuales más vivos de este movimiento.

Tras los treinta años que van desde el '68 hasta el 2000, entramos en el siglo XXI. En abril de 2004 oí en la radio a un siquiatra ruandés, el Dr. Naasson Munyandamutsa y a los supervivientes del genocidio de los tutsis, último genocidio del siglo XX. Diez años después, los y las supervivientes de Ruanda seguían viviendo en un completo deterioro síquico, físico y económico. Sin duda, siempre atormentada por el recuerdo de *Noche y niebla*, he compartido mi vida entre Francia y Ruanda en el curso de los últimos catorce años. He

acompañado a los supervivientes en la medida en que se puede en su obra de reconstrucción de sí mismos, hasta iniciar un taller que ha dado nacimiento a la publicación de quince *Cuadernos de memoria* escritos por los supervivientes y que apareció el año pasado en Francia. En este periplo ruandés, he descubierto el trágico compromiso del gobierno francés -‘entregas de armas y entrenamiento militar de los combatientes’- y su alianza directa con los genocidas que compondrán desde el 8 de abril el gobierno provisional que fue responsable en 100 días de la muerte de 800.000 a un millón de personas. Los genocidas en fuga fueron más tarde acogidos con los brazos abiertos en Francia. Todo se dijo en los días siguientes en la prensa, gracias a la publicación del valiente libro de Guillaume Ancel, *Ruanda, el fin del silencio, testimonio de un oficial francés*.

En septiembre de 2015, entre dos viajes a Ruanda, fui por primera vez a Calais. No podía no ir. Tenía lugar una manifestación de solidaridad con los refugiados. Mucha gente. Después todo se ha mezclado, mis viajes a Ruanda y el desmantelamiento de La Jungla [campamento de personas refugiadas y migrantes que intentaban cruzar el Canal de la Mancha]. En la primera quincena del mes de marzo de 2016 estaba en Kigali cuando se desmanteló la zona sur, estremecida por la destrucción y la violencia que se desparramaba en La Jungla de Calais. De vuelta a Kigali, con Michelle Muller -mi amiga de siempre y compañera de lucha desde hace más de cuarenta años-, en septiembre de 2016 volvimos a Calais. Algunas semanas más tarde ya no quedaba nada de la pequeña ciudad creativa y desesperada que era La Jungla.

¿Cuáles son las huellas de mayo del 68 (y de los años siguientes) en este presente atormentado? Evidentemente, encuentro huellas del MLF en el movimiento *#Me too* que denuncia las violaciones impune y habitualmente cometidas por los hombres en el poder, que utilizan las agresiones sexuales como la más eficaz de las armas de chantaje frente a las

mujeres necesitadas o vulnerables. Este movimiento ataca la pretendida igualdad democrática en la que los derechos serían los mismos para todos y todas. Revela sobre todo el ejercicio exclusivo y abusivo del poder por los hombres, especialmente en términos de relación de fuerzas entre los sexos.

Paralelamente yo reencuentro el espíritu del mayo del 68 en el movimiento de solidaridad con los refugiados. Una virulenta denuncia de las fronteras se expresó en el 68. Dos eslóganes lo muestran: "Pasamos de las fronteras" y "Todos somos judíos alemanes".

En Francia, donde el Estado no respeta ninguna de sus obligaciones y donde la solidaridad es considerada un delito (8), en Europa (en la que los dirigentes quieren erigir barricadas que hagan infranqueables sus fronteras (9)) y en el mundo, la solidaridad con los refugiados actúa concretamente en el mismo sentido. ¿Los activistas ingleses no se llaman a sí mismos *No borders*? Los eslóganes se han encarnado en lo real, aunque las fronteras estén cada vez más cerradas, encadenadas y erizadas de alambradas y que se hayan erigido muros en todo el planeta. En Calais en septiembre de 2015, los refugiados gritaban: "*Somos humanos. No somos criminales*".

Sin cesar de hablar de los refugiados, cambio de continente. En febrero de 2018, en Israel, amenazados de deportación, los refugiados eritreos y sudaneses (dos de las peores dictaduras de África) retoman a su vez ese mismo eslogan. El jugoso y asesino tráfico de los traficantes y de las mafias y las negociaciones más o menos secretas entre los Estados han precedido a la decisión de expulsarles. En el desierto del Sinaí los inmigrantes han sido vendidos, revendidos, torturados, matados (10) por los beduinos antes que se levante un muro de 242 Km entre la franja de Gaza y Eilat (2014). En sus pancartas, en las manifestaciones, los refugiados escriben: "No estamos para la venta". Y aquí estoy sumergida de nuevo en "mi" historia. El disgusto ante la injusticia, el odio, la esclavitud (11), la violación y la trata de los

cuerpos.

Sin embargo, en Israel se ha levantado un viento nuevo con quienes reivindican la ética del *Tikkun olam* (reparar el mundo), que agrupa a médicos, pilotos de avión, diplomáticos, rabinos, intelectuales y supervivientes de la Shoah y que acaba de conseguir una victoria. El Tribunal Supremo israelí acaba en efecto de suspender (ciertamente de forma provisional) la decisión gubernamental de expulsar a millares de inmigrantes hacia sus países origen. Me siento próximo de ellos. En Calais y en París estoy al lado de los refugiados, en Kigali al lado de los supervivientes. Me siento "con", ni a favor ni en contra. Este "con" me lleva y me da las fuerzas de la esperanza, en un mundo que se ha convertido de forma increíble y trágica en mucho peor que el del '68. Pero es también un mundo lleno de posibles, en los lugares, en la tierra y en el mar, donde los voluntarios (12) están presentes con todas sus fuerzas con los refugiados, tanto en el Mediterráneo como bajo los altos nevados y helados o bajo las tiendas que se alinean en París antes de ser destruidas por la policía.

Para concluir, a todos los que han huido de sus países transformados en lugares de horror y de muerte, refugiados en Libia, en Israel, en Grecia, en Lampedusa, en Calais, en Ventimiglia y otras partes, transmito el mensaje metafórico de Gilles Clément, paisajista, presidente de honor del PEROU (Polo de exploración de los recursos urbanos). Lo cito: *"En tanto que gaviota yo atravieso los acantilados, las dunas y las carreteras de asfalto, pasando por el aire. Sobrevuelo las ciudades y veo los barcos pesados que intentar escapar del puerto. Cuando se presta el tiempo, voy en paralelo por las costas y a veces atravieso los brazos de mar que comunican las islas y los continentes. Ya que para mí, gaviota, el mar es un lazo, no es un obstáculo. Comprenderéis porque no entiendo detenerse en la ribera y que se muera por querer abandonar una tierra para alcanzar otra, por lejana que sea, tan incierta y*

sin embargo cargada de esperanza (13)''.

Para acabar tengo un pensamiento emocionado por los camaradas, nuestros próximos amigos que ya no están – en particular Xabier Langlade, Jean-Franklin Narodetzki, Alain Frappart, Fabrice Pinte, Daniel Bensaïd. Y expreso mi gratitud a los profesores y a los pensadores que han acompañado y a veces precedido al movimiento – muy particularmente Henri Lefebvre y Guy Debord, o Jean-François Lyotard.

Muchas gracias.

(Nanterre, 23 de marzo de 2018)

***Florence Proudhomme, filósofa. Autora de *Rwanda, l'art de se reconstruire* (talleres Henry Dougier, 2015) y directora de *Cahiers de mémoire, Kigali, 2014* (Classiques Garnier, 2017).**

Notas

[1/](#) Ver el Reglamento interno de las residencias universitarias de Nanterre. Cf., *Le Monde*, 22 de marzo de 2018.

[2/](#) En 1963, el decreto “Capelle-Fouchet” transformó en mixtos los colegios de enseñanza secundaria. En los años setenta, bajo la impulsión del 68, la mixidad se extendió a los institutos. La mixidad escolar se hizo obligatoria por la ley Haby, en 1975. Una resolución del Senado de 12 de julio de 1982 sobre la educación educativa contra los prejuicios sexistas tuvo por objeto promover la igualdad de oportunidades entre chicas y chicos y a hacer desaparecer todas las discriminaciones contra las mujeres. Así pues solo en 1982 la mixidad se vio asignar una finalidad en términos de igualdad de oportunidades.

[3/](#) Materiales para la historia de nuestro tiempo/año 1968. Número telemático: Mayo-68: los movimientos estudiantiles en Francia y en el mundo. Entrevista de Pierre Grappin, decano de

la Facultad de Nanterre.

4/ Ocho millones de jóvenes en Francia tenían entre 16 y 24 años. “22 mars, personne ne voulait de leaders”, entrevista a Serge July, *Libération*, 22 de marzo de 2018.

5/ D. Cohn Bendit se dirige a F. Missoffe, ministro de la Juventud y los Deportes, en Nanterre en enero de 1968: “He leído vuestro Libro Blanco sobre la juventud. En 300 páginas, no hay ni una sola palabra sobre los problemas sexuales de los jóvenes”.

6/ En la época más de 200 000 abortos clandestinos tenían lugar cada año en Francia.

7/ En 1943 fue guillotizada una mujer responsable de haber practicado abortos.

8/ Benoît Ducos, voluntario de salvamento, es perseguido por haber socorrido el 11 de marzo de 2018 a una mujer inmigrante que estaba a punto de dar a luz en el alto de Montgenèvre. Arriesga la pena que se impone a quienes pasan a la gente: es decir, un máximo de 30.000 euros y 5 años de prisión.

9/ Charles Heller y Cristina del Biaggio hablan de la “criminalización del gesto solidario”, “En el monte como en el mar, la frontera es violenta para los inmigrantes”, *Libération*, 15 de diciembre de 2017.

10/ Jean-Paul Mari, “*Les bateaux ivres*”, J.C. Lattès, 2015.

11/ Jean-Paul Mari, “*Les bateaux ivres*”, J.C. Lattès, 2015.

12/ En Libia, esclavitud y venta de seres humanos.

13/ 14 de marzo de 2016, *Considérant les oiseaux survolant Calais*, <https://reinventercalais.org/articles/goeland/>

<https://blogs.mediapart.fr/florence-prudhomme/blog/240318/22-mars-1968-mai-68-et-les-femmes>

(Traducción: viento sur, 11/04/2018)

Vivalascuola. Il '68 a scuola (interventi di Ester Prestini, Antonia Sani, Antonio Sparzani, Franco Toscani

Sul 68 sono frequenti luoghi comuni sia dei denigratori ("Il 68 ha distrutto la scuola") sia dei nostalgici ("Quelli sì eran tempi!"). Naturalmente per una corretta valutazione storica occorrerebbe partire da qualche domanda che aiuti a contestualizzare "il '68": come erano la scuola e l'università prima del 68? E come sono la scuola e l'università successive al '68? E quelle odierne? In questa puntata di [vivalascuola](#) Ester Prestini, Antonia Sani, Antonio Sparzani e Franco Toscani rispondono a queste domande e ci parlano di quella scuola e di quella successiva, coniugando memoria di azioni e relazioni, guadagni culturali e sperimentazioni didattiche. Fornendo così materia anche a chi volesse attualizzare e si volesse proficuamente chiedere: c'è qualche elemento del 68 che sarebbe auspicabile anche nella situazione odierna?

* * *

'68: prendere la parola di Ester Prestini

Per chi agì il Sessantotto e ne fu agito quell'esperienza determinò una cesura profonda, a volte dolorosa e di non semplice elaborazione, con la vita precedente, una cesura esperienziale e storica. Delle molte tracce che il Sessantotto ha lasciato nella mia storia personale ne sceglierò una. Un solo punto di vista, una focalizzazione più che mai necessaria per illuminare il presente stato delle cose.

Partirò da due citazioni che si incrociano come un chiasmo tra sacro e profano. Canta Guccini nell'Avvelenata *"io sono della razza mia, per quanto grande sia, il primo che ha studiato"*, scrivono i ragazzi di Barbiana nell'incipit di *Lettera a una professoressa*:

"Lei di me non ricorderà nemmeno il nome, ne ha bocciati tanti. Io invece ho ripensato spesso a lei. ai suoi colleghi, a quell'istituzione che chiamate scuola, ai ragazzi che "respingete". Ci respingete nei campi e nelle fabbriche e ci dimenticate."

Anch'io sono della razza mia, contadina e operaia, la prima che ha studiato. Per chi era nato nel dopoguerra e apparteneva a famiglie di modesta condizione sociale percorrere l'intero iter scolastico per arrivare all'università non era né facile né, tantomeno, scontato. C'era da una parte una forte pressione della famiglia che voleva per i figli un futuro diverso, di meno dura fatica e oppressione, perché allora conquistare un diploma o una laurea significava davvero modificare il proprio *status* sociale; dall'altra un'istituzione scolastica che era a misura di chi proveniva da un mondo acculturato, dove si parlava la lingua giusta, dove c'erano librerie colme di libri, dove la stessa aria che respiravi ti forniva gli idonei strumenti. L'uso obbligatorio del grembiule serviva soprattutto a nascondere gli abiti che, in modo immediato e sfacciato, avrebbero rivelato la classe sociale di provenienza.

Prima della Riforma del 1962 che avrebbe istituito la media

dell'obbligo, alla fine della quinta elementare c'era un esame da superare per essere ammessi alla scuola media: a 11 anni si decideva, per molti aspetti, il tuo futuro destino. Per anni sognai quell'esame bambino, tanta era stata l'angoscia con cui l'avevo vissuto; nessun altro dei tanti esami che avrei dovuto affrontare in seguito comportò quel peso d'ansia e di aspettativa. Molti erano i respinti. **Era una scuola che sapeva e spesso voleva umiliare**, non con predeterminazione, ma con indifferenza più o meno consapevole, perché selezionare era un dovere. Ma **erano possibili anche fortunati incontri con insegnanti** che vivevano la loro professione come scelta di libertà e che sapevano offrire mondi altri, dare contenuti al tuo immaginario, farti intravedere imprevisti orizzonti.

La mia professoressa di Lettere delle medie ci offrì l'ascolto della musica classica, la voce di grandi attori che leggevano grandi poeti, ci fece attraversare per la prima volta la soglia di un teatro. Quell'incontro ha profondamente segnato il mio modo di interagire col mondo. Dopo le medie mi iscrissi alle Magistrali, avrei tanto voluto frequentare il Liceo, ma non osai neppure dirlo in casa, sapevo come la pensavano e i solidi motivi per cui lo pensavano: un diploma sicuro, un punto fermo, poi, se possibile, l'iscrizione all'Università. La mancata iscrizione al Liceo fu una frustrazione che mi perseguitò per un tempo molto lungo, che mi causò un pesante senso di sconfitta che aveva, ma lo scoprii molto dopo, ben altre radici.

Mi iscrissi a Magistero, la scelta era obbligata per chi veniva dalle Magistrali; per essere ammessi un altro esame. Guarda caso a Milano la Facoltà di Magistero era presente solo presso l'Università Cattolica, così la formazione di molti dei futuri insegnanti avrebbe lì ricevuto i sacri crismi. Del resto se scorriamo il lungo elenco dei ministri dell'Istruzione (una volta pubblica, ora non più tale visto che l'aggettivo è stato abolito, e questo la dice lunga sul dominio del neoliberalismo) dal 1946 al 1994 ci accorgiamo che

tranne 2 brevi eccezioni appartenevano tutti alla *Democrazia cristiana* e neppure i fatidici anni Settanta riuscirono a scalfire tale consolidato monopolio, anzi proprio allora occorreva tenerlo saldamente nelle mani. Sembra quasi ridicolo raccontare oggi che uno dei primi atti contestativi delle studentesse della Cattolica fu il rifiuto di indossare l'obbligatorio grembiule che in quel contesto non serviva più a celare l'estrazione di classe, ma a mortificare la connotazione erotica dei corpi. **Piccoli atti segnalano passaggi epocali.**

Ho raccontato questa personale esperienza perché ho sentito usare, in modo ipocrita e strumentale, fino allo sfinimento le parole di Pasolini sui fatti di Villa Giulia, peraltro molti di questi detrattori del '68 disperderebbero al vento le ceneri e la memoria del grande e profetico intellettuale. Aveva scritto nel '68 Pasolini parlando degli studenti:

*"Avete facce di figli di papà.
Vi odio come odio i vostri papà.
Buona razza non mente."*

E' vero che il movimento fu interclassista, questa fu la sua forza e, forse, la sua insanabile contraddizione. Saranno però gli storici a pronunciarsi su questa intricata questione. Ma Pasolini non teneva conto che nel movimento c'erano anche molti figli di padri operai, contadini, piccoli impiegati, che si erano sfiancati di lavoro per far arrivare i figli all'università. Quei figli avevano attraversato la scuola di classe, uscendone profondamente segnati e portatori di una visione antropologica prima ancora che politica, consapevoli di una realtà ingiusta e opprimente di cui erano andati via via scoprendo l'orizzonte ideologico in cui si materializzava. In una sorta di paradosso, poiché la talpa della storia sempre scava, la scuola ci aveva offerto gli strumenti per decodificare quella realtà che troppo spesso abitiamo in modo inconsapevole, poiché vi siamo immersi in un'anomala indistinzione.

Non volevamo più essere schiavi di un'interpretazione ingenua e mistificata, volevamo sollevare il velo dell'ideologia dominante e mostrare la carne viva dell'emarginazione: i suoi volti, le sue lingue, la concretezza del vivere. La realtà è il vero interlocutore, così insegnavano i teorici del marxismo, i pensatori libertari, come Capitini e Dolci, gli uomini del Vangelo, i don Milani, i don Mazzi. La realtà è sfida e provocazione, per questo oggi più che mai si cerca di occultarla in tutti i modi possibili; la realtà pone domande radicali e pressanti a partire dalle contraddizioni che l'attraversano. In molti pensavamo che la genesi dell'educazione si innesta proprio in questo incontro-scontro con le condizioni reali in cui ci troviamo a vivere, nella ribellione e nel riscatto di cui l'educazione deve farsi interprete per realizzare pienamente le promesse dell'articolo 3 della *Costituzione* repubblicana e la realizzazione del soggetto umano.

Il movimento reclamava, nella fase primigenia, nell'atto esemplare della sua genesi, in quell'infanzia dell'esordio, il diritto d'indignarsi, di provare rabbia e di manifestarla, di averla come motivazione per la lotta contro ogni ingiustizia. Partecipavo in modo attivo al movimento, alle assemblee, ai gruppi di studio, al lavoro politico più generale, ma avvertivo un'insufficienza, per certi versi una sorta di incoerenza difficile a sopportarsi.

Fu questo a spingermi, insieme ad altri (studenti soprattutto e alcuni medici) a cercare un concreto terreno d'intervento, uno spazio politico dove si costruissero relazioni e percorsi reali di cambiamento. Se era vero che **è nella scuola che si verifica la prima fondamentale discriminazione**, la prima di una lunga serie che l'oppresso dovrà subire nel corso della vita, era su quel fronte che dovevamo agire.

La zona in cui abitavo era connotata dalla presenza di molte case popolari dove vivevano famiglie di vecchia e di recente immigrazione; vi erano anche alcune sacche di vera e propria

povertà. Famiglie operaie, piccoli artigiani, sottoproletari i cui figli avevano un difficile e, troppo spesso, perdente, rapporto con la scuola. Ci mobilitammo insieme ai genitori e ai ragazzi per ottenere dal Consiglio di zona gli scantinati di via Birago 2, quegli stessi scantinati che avevano ospitato Rocco e i suoi fratelli al loro arrivo a Milano, nel film di Visconti.

Cominciammo a fare scuola in modo alternativo, ma sempre cercando di dare ai ragazzi gli strumenti utili per farcela. Nelle frequenti assemblee con studenti e genitori, assemblee sempre aperte al quartiere, si sperimentava una vera democrazia partecipativa e le esperienze del lavoro di fabbrica, dell'emigrazione, delle varie forme che assumevano fatica del vivere e oppressione diventavano oggetto di pubblico dibattito, terreno di consapevolezza condivisa, quindi di formazione e di mobilitazione politica su obiettivi democraticamente decisi.

In molte aree territoriali di Milano e nell'*hinterland* si erano costituite scuole di questo tipo che si erano poi collegate in una Rete per socializzare e confrontare le diverse esperienze e per allargare il fronte di lotta. Anche da queste scuole-quartiere, che furono presenti in diverse regioni, germinò la lotta operaia per le 150 ore. A distanza di anni molti di quei ragazzi che erano stati aiutati a superare la timidezza o la rabbia del perdente, scoprendo di avere straordinarie risorse d'intelligenza e di abilità, conservavano la consapevolezza politica acquisita in quel percorso, la consapevolezza che cambiare è difficile, ma possibile se si abbandona la passiva rassegnazione a cui ci vogliono assoggettare i veri detentori del potere, oggi più difficilmente riconoscibili rispetto a 50 anni fa.

Il metodo usato in queste scuole di autentica democrazia diretta era dialogico e democratico. Dialogico poiché partiva sempre dal riconoscimento dell'interlocutore e della sua personale storia, perché lo studente non è un contenitore da

riempire di un sapere dato e datato, ma il portatore di una dimensione esperienziale e il protagonista di un processo di scoperta e di ricerca. Democratico perché la storia personale veniva situata in quella collettiva in una pratica di autonomia e di libertà di scelta per progettare il cambiamento possibile.

Avevamo compreso, attraverso la pratica diretta, che **educare significa in prima istanza dare parola a tutti**, perché parlare è pensiero e prassi: se non hai le parole per dirlo non puoi trasformare il mondo. Solo attraverso la parola problematizzi la realtà, ne cogli le contraddizioni e individui le leve della trasformazione. In quelle scuole ho imparato una lezione che ha poi connotato la mia lunga storia d'insegnante prima alle medie, poi ai professionali, sempre in realtà ad alto rischio sociale: la professionalità pedagogica ha un valore ed una dignità altissimi ed esige un alto livello di responsabilità etica perché ha a che fare con gli esseri umani, le loro storie, le loro fragilità, i loro sogni.

Su un punto vorrei essere molto chiara. **Il '68 mise in discussione in modo radicale ogni gerarchia sociale**, mise a nudo la subdola violenza insita in ogni principio di autorità non sottoposto a reale controllo democratico, diede rappresentanza e nome alle mutevoli e perenni forme dell'oppressione, pose in primo piano la problematicità del rapporto autorità-libertà. Nel lavoro con i ragazzi capimmo subito, malgrado il contesto di ribellione al sistema e la nostra giovinezza, che la relazione educativa è per sua intrinseca necessità asimmetrica, poiché in caso contrario salterebbe il principio etico della responsabilità educativa. Il rispetto reciproco è la linea di faglia per non trascendere in un autoritarismo paralizzante o in una permissività castrante, gli opposti poli del non riconoscimento della progettualità possibile.

Coloro che autenticamente agirono il '68 e che poi entrarono come docenti nelle scuole di ogni ordine e grado lottarono per

trasformarle radicalmente e spesso ne conquistarono l'egemonia contaminando positivamente molti di coloro che a quell'insorgenza non avevano partecipato. Una scuola rispettosa della soggettività dialogica e creativa degli studenti, una scuola non dogmatica, ma problematizzante e aperta alla ricerca-azione, una scuola capace di instaurare relazioni feconde tra i diversi saperi e la specificità del loro linguaggi, una scuola impegnata nell'ascolto delle continue novità provenienti dalla vita reale, una scuola atta a potenziare la capacità immaginativa e il desiderio di mettersi in gioco, una scuola che delle differenze fa il suo punto di forza, perché solo le differenze rispecchiano la complessità del mondo.

Oggi, nel momento in cui la scuola pubblica è messa pesantemente sotto attacco, immiserita nei contenuti disciplinari, burocratizzata e deprivata dei fondi necessari, mentre i suoi docenti vedono costantemente svilita la loro professionalità, **sarebbe urgente riprendere in seria considerazione la ricchezza di quelle esperienze**. Ma il punto vero è chiedersi se si è ancora capaci di indignarsi di fronte alla realtà, se si è ancora capaci di riprendere la parola che lotta per il cambiamento. [\[torna su\]](#)

* * *

Il mio '68: una sfida da raccogliere di **Antonia Sani**

Tra la Resistenza e il '68

Un carissimo amico e compagno di università, Guido Fink, divenuto poi valido critico cinematografico, era solito ripetere una semplice constatazione: *“La nostra è una generazione di spettatori: troppo piccoli per aver “fatto” la Resistenza, troppo adulti per aver preso parte attiva al movimento degli studenti del '68.”*

Non potevo che dargli ragione. Ero una bambina quando nella campagna ferrarese dove eravamo sfollati mi trovavo in mezzo a

sanguinose dispute familiari che non comprendevo, tra chi chiamava i giovani della Resistenza "*partigiani*" e chi li chiamava "*ribelli*", tra chi ci vedeva di buon occhio correre incontro alle autoblindo degli americani che ci donavano cioccolatini, e chi ci tratteneva in casa per non farci sembrare dei "*traditori*", e i pianti di paura quando vedevamo i nostri uomini con gesti inusitati nascondersi nei fienili per sfuggire alla rappresaglia dei soldati tedeschi in ritirata...

Frequentavo la quarta elementare e la maestra, poiché biascicavo un po' di tedesco, mi chiamava come interprete a conferire col comandante della piazza che voleva occupare la scuola per dare un giaciglio ai soldati. Io avevo una gran paura di non comprendere e di tradurre male...La scuola di quegli anni era un evento provvisorio; si cambiava località a seconda della pericolosità dei luoghi, e gli/le insegnanti erano visibilmente con la testa via. C'era chi era fascista e chi manifestava ormai apertamente le proprie idee "*comuniste*". Tanta violenza sotterranea nelle relazioni con vicini del tutto casuali...

Nel 1968 ero già madre di due bambini che frequentavano a Roma la Scuola Elementare. Avevo trascorso nella Germania Ovest, a Monaco di Baviera, i primi anni di matrimonio, e non mi sentivo parte di quel mondo studentesco che vedevo scendere a passo di carica l'ampia scalinata di Valle Giulia, di fronte alla Galleria d'Arte Moderna, tutti e tutte a braccetto in folte file orizzontali. Era una tarda mattinata di primavera. Splendeva il sole. Io guardavo interdetta la scena con a mano i miei figli che avevo appena preso dalla scuola. Un'immagine rimasta molto viva in me. Scoppi di petardi e lacrimogeni lanciati dalla Polizia...

Gli anni di Monaco erano stati tutt'altra cosa, all'insegna di attività culturali. I nostri amici erano protesi a prendere coscienza delle colpe che il passato nazista non poteva che far ricadere sui loro familiari, su loro stessi. Bisognava

reagire con manifestazioni culturali: saggi, romanzi, opere teatrali, musica, commedie, quadri, il tutto in chiave ironica, irridente e anticonformista, per prendere le distanze da *"quel"* mondo in cui genitori e parenti erano stati in qualche modo invischiati. Qualcosa del genere si era verificato anche in Italia, alle soglie del '68 al Liceo Parini di Milano col famoso giornaleto *"La Zanzara"* e il nomignolo di *"matusa"* affibbiato ai genitori e parenti più anziani/conservatori.

A Monaco, l'azione politico-partitica tra i giovani era un'eccezione. Il Partito Comunista nella Germania Ovest era stato bandito nel 1956 (ricostituito solo nel 1968), qualche raro giovane camuffato da Lenin lo si vedeva nei sottopassaggi allungare furtivamente un volantino...

Qualcosa di sconvolgente stava accadendo

Cominciavo a capire che in Italia si respirava un'aria diversa. La lotta era fatta *"sul serio"*. Mi ero iscritta al Corso di Perfezionamento in Filologia Romanza alla Sapienza, quando una mattina, dopo giornate incerte, ho trovato troneggiante sulla facciata della Facoltà di Lettere e Giurisprudenza un'enorme scritta in colore rosso *"L'Università è la nostra FIAT, la FIAT è la nostra Università"*. Nessuno sapeva se e quando le lezioni sarebbero riprese.

Ho capito che qualcosa di sconvolgente stava accadendo: l'unità, la condivisione della lotta di studenti e operai, l'abbattimento di una barriera che nei sistemi scolastici precedenti era parsa *"normale"*, incancellabile. In quest'ottica, perfino la *Costituzione*, nonostante le perle degli artt. 3 e 33, sembrava mostrare un cedimento alla logica classista, laddove all'art. 34 recita i *"capaci e meritevoli, anche se privi di mezzi, hanno diritto di raggiungere i gradi più alti degli studi"*. (Invece, chi possedeva i mezzi, anche se incapace e non meritevole, poteva contare su appoggi che lo potevano condurre al raggiungimento di obiettivi a lui non

interdetti...).

La scuola che avevo frequentato negli anni Cinquanta era una scuola di classe. Me ne rendevo conto per la prima volta. Il Liceo classico era di Serie A (per una formazione culturale "*disinteressata*"), il Liceo Scientifico di serie B (più legato alle applicazioni pratiche delle scienze), l'Istituto Tecnico di Serie C (apriva la via al mondo del lavoro). L'Istituto Magistrale, nobilitato dall'introduzione del latino con la Riforma Gentile, godeva della giustificazione di aprire la via alle giovani donne per un insegnamento "*materno*", rivolto a bambini e bambine "*da educare*". Luoghi e occasioni di incontro tra frequentanti dei diversi ordini di scuola erano i tornei di *basket* (allora si diceva "*pallacanestro*") e di *volley* (pallavolo).

C'erano poi gli iscritti ai corsi per Periti Industriali, coi quali non si aveva alcun rapporto. Li vedevamo a distanza avvolti in sciarponi attraversare la strada nella nebbia...

Scuola e Università prima del '68 erano fondate su un'accettata stratificazione economica e sociale. C'era ovviamente chi "*faceva politica*" – studenti, insegnanti, ragazze – in associazioni e partiti ma non nella scuola, che restava torre d'avorio, ligia all'autorità dei Capi d'Istituto, rarissime le uscite all'esterno, tutta imperniata sullo svolgimento dei programmi didattici (eccezion fatta, ad es., per il tema dedicato al "*prestito per la ricostruzione*", alla manifestazione incentivata dai Presidi per "*Trieste italiana*")... Non una parola sulla *Costituzione*, catalogata tra gli eventi troppo vicini per poter godere di una visione "*obiettiva*"... Su tutto, l'ala dei Gesuiti, soprattutto nei Licei, con un'azione oltre l'insegnamento – allora obbligatorio, della religione cattolica a seguito del Concordato fascista del '29 – protesa a controllare con inchieste circospette rivolte ad alunni e alunne il comportamento dei docenti di Filosofia (il terrore della dottrina di Sartre incombeva); indiscussa la partecipazione

alla Messa di tutta la scolaresca all'inizio dell'anno scolastico. I pochi "esonerati" erano allievi e allieve di religione ebraica (della cui persecuzione subita direttamente dalle loro famiglie non si parlava mai).

Frequentavo l'Università a Bologna ai primi segnali di contestazione, ancora lontani dal '68 ma indici di un'insofferenza all'autoritarismo imperante. Si sviluppavano focolai importanti. Accanto alla tradizionale caccia alle matricole prive di "papiro" si svolgevano al bar del Teatro Comunale nei pressi dell'Università le lezioni di Estetica di Luciano Anceschi con la partecipazione di Edoardo Sanguineti, di Nanni Balestrini, di Renato Barilli, che sarebbero confluiti poi nel Gruppo '63... Grande emozione alle lezioni di Francesco Flora, reduce dal viaggio in Cina, l'aula grande di Lettere gremita, interventi di fuoco spinti da ideologie contrapposte, cortei studenteschi per le strade della città in seguito agli eventi del 1956 in URSS, la resistenza dei filosovietici alle forze dell'ordine.

Ci sentivamo improvvisamente immersi/e in una dimensione che nel periodo scolastico non avevamo percepito: **la possibilità di contestualizzare il nostro studio agli eventi che accadevano nel mondo**. Nostra compagna di mensa era Liliana Cavani. Provenivamo da varie province dell'Emilia con alle spalle esperienze di realtà associative, cattoliche e comuniste, che con il mondo delle nostre scuole non avevano avuto alcun diretto rapporto.

La nostra generazione di spettatori/trici ci rendeva estranei/e all'avvio del movimento del '68.

Non eravamo più, da un decennio, nelle aule universitarie quando presero il via le prime sollevazioni nelle Università di Milano, di Pisa contro le discriminazioni che colpivano gli studenti più disagiati. Stavo rientrando dal mio soggiorno nella Repubblica Federale Tedesca e ricevevo notizie di ciò che accadeva nelle scuole dalle mie ex compagne che nel

frattempo avevano sostenuto il Concorso per l'insegnamento. Racconti sconvolgenti: alcune avevano deciso di ritirarsi per disperazione, visto che tutte le loro lezioni venivano puntualmente contestate in maniera sguaiata e che i genitori davano manforte ai ragazzi e alle ragazze, alla loro pretesa del "6 politico". Altre, erano protese verso la difesa dei diritti della categoria, conculcati dall'arroganza dei Presidi, e trovavano un punto di riferimento nella nascente CGIL Scuola.

La scuola del '68: una scuola straordinaria

L'esperienza del '68 e degli anni immediatamente seguenti io l'ho vissuta in stretto contatto con la scuola dei miei figli. **Una scuola straordinaria, stimolante, grazie alla ricaduta dei movimenti studenteschi** la cui eco era avvertita fino nella Scuola Elementare. Ricordo bambini che rifiutavano di ricevere, come premio per profitto e disciplina, gratificanti uscite in città, dichiarando che quelle uscite dovevano essere per tutti, anzi soprattutto per i "meno bravi", occasione di arricchimento culturale.

Ricordo ragazzi delle Scuole Medie pretendere dai presidi l'uso di aule per discutere del "Maggio francese" in incontri pomeridiani, per mettere insieme giornaletti con interviste ai *leader* del momento (Marco Pannella, Giglia Tedesco...); per promuovere incontri con allievi di scuole dei diversi quartieri, dal centro alle periferie (un'eco dell'unità studenti-operai, mutuata dai fratelli maggiori). Sensazionale fu la ricerca di contatto tra studenti dei primi anni di scuola superiore coi lavoratori e le lavoratrici frequentanti i corsi delle 150 ore.

Mi trovavo in una strana situazione. Non avevo contribuito in alcun modo alla creazione di **quel clima che dividevo pienamente, e che giorno dopo giorno metteva radici dentro di me incitandomi a rivisitare tutto il mio vissuto** e a porre in una dimensione critica le certezze che non avevo mai pensato di mettere in discussione.

Mi sorprendevo le conseguenze individuali dello slogan *“a scuola col corpo”*. Certi eccessi di sfida alle istituzioni. Esempi di docenti che proprio nel momento in cui doveva iniziare il Collegio dei Docenti se ne andavano a bere un caffè, o ragazzi e ragazze che mangiavano in classe durante la lezione, docenti con le bottiglie di bibite sulla cattedra... Come **avere un comportamento rispettoso delle istituzioni senza ricadere nell'autoritarismo** che era stato a forza abbattuto fu un mio rovello alla mia entrata in cattedra. Ero sempre incerta sulla scelta dei miei comportamenti.

Nel frattempo gli eccessi sessantottini si erano assopiti. Concluso il periodo universitario degli studenti che si erano ribellati contro un mondo autoritario, elargitore di privilegi, insensibile alle disuguaglianze sia a livello nazionale che internazionale, entrata in vigore la legge istitutiva degli Organi Collegiali della scuola (1973 e sgg.), si stava aprendo una nuova fase.

Oggi: raccogliere la sfida del 68

Ma i frutti del '68 non andarono dispersi. Molti tra i giovani docenti, entrati in ruolo dopo l'Università del '68, consideravano gli OO.CC. *“un parlamentino ingessato”*. Nelle scuole grazie a loro si parlava finalmente di politica, si creavano forme di aggregazione inedite, comitati di quartiere, coordinamenti di istituti... La scuola *“aperta al territorio”* era al centro di tutti questi fermenti. L'istituzione degli OO.CC., nonostante le critiche negative soprattutto da parte dei docenti (anche per opposti motivi), aveva spianato la via a una partecipazione entusiasta dei genitori come *“cittadini”*, frutto anch'essa degli sconvolgimenti sociali e di una presa di coscienza collettiva certamente impreveduta dal legislatore. Eloquente testimonianza la formazione di liste antifasciste, antiautoritarie, contro le discriminazioni, per l'attuazione di principi costituzionali per una corretta interpretazione della Storia recente.

Io mi tuffai in quella tempeste, battaglie femministe,

contiguità coi partiti di sinistra senza diventare pedina dei loro *diktat*, libertà di insegnamento praticata quotidianamente con relazioni proficue con alunni e alunne. Strumenti didattici rivolti sì al raggiungimento di conoscenze e competenze, ma soprattutto al conseguimento di una formazione critica, laica, democratica di coloro che sarebbero divenuti i futuri genitori, la futura classe di lavoratori e lavoratrici.

Questa la funzione docente, di allora, come del successivo angoscioso periodo di fine Anni Settanta, come oggi, in cui le scuole vivono l'allontanamento preoccupante dalle reali spinte del '68, di cui resta una sorda eco desunta dai simboli della violenza ricorrenti sui *social*, privi di quella grande speranza/fiducia nel cambiamento/trasformazione della società in una comunità più giusta, equa e solidale che aveva animato le lotte di studenti e operai di quegli anni.

L'impegno a raccogliere la sfida, in **una forte opposizione alla scuola-azienda che si va delineando**, è il terreno su cui concentrare qui e ora le nostre forze, di docenti ormai fuori dalla scuola, e dei/delle più giovani colleghe e colleghi immersi in una difficile quotidianità. [\[torna su\]](#)

* * *

Il mio Sessantotto, sì, me lo rammento di Antonio Sparzani

Mi sono laureato alla fine del 1964 in fisica a Pavia e a quei tempi, la sopravvivenza dopo la laurea per chi voleva "*fermarsi in università*" era assicurata, si fa per dire, da borse di studio di un milione di lire l'anno, lorde. Dopo un paio d'anni di questa sopravvivenza, venni a Milano al seguito del mio "*capo*" di allora, il prof. di fisica teorica. Nel 1967 ebbi già a Milano un posto di assistente ancora precario che però si tramutò l'anno successivo in un posto di ruolo.

Ero cattolico, assiduo praticante, ed anzi presidente, a Pavia, dell'associazione "*Laureati cattolici*".

Tra il '67 e il '68 stava velocemente arrivando un movimento molto ampio della società nel suo complesso, che ebbe nella scuola, media e università. uno dei suoi punti di forza; un movimento che, a Milano, cominciava a investire anche il settore scientifico (e non solo quello umanistico di via Festa del Perdono) dell'Università Statale, settore situato a Città Studi, dal Politecnico di piazza Leonardo ai vari istituti di via Celoria, via Golgi e dintorni.

Tutto veramente era partito da Roma, ricordate [Valle Giulia](#), di Paolo Pietrangeli?

*«Il primo marzo, sì, me lo rammento,
saremo stati millecinquecento
e caricava giù la polizia
ma gli studenti la cacciavan via.
«No alla scuola dei padroni!
Via il governo, dimissioni!».*

Tante belle cose, grande entusiasmo, sembrava di respirare finalmente un'aria nuova, gli studenti e gli operai protagonisti e non più soltanto passivi ascoltatori ed esecutori.

Le nuove esigenze e le nuove prospettive riguardavano però la società nel suo complesso, a partire certo dalla scuola e dalla fabbrica, ma inevitabilmente **arrivando fino alla religione**. Anche in questo senso il passaggio da Pavia a Milano fu per me cruciale: mentre a Pavia non avevo avvertito alcuna particolare esigenza di rinnovamento, non appena arrivato a Milano venni in contatto, tramite nuovi amici e colleghi, anche di nuovi modi di intendere la pratica religiosa. Fiorivano allora a Milano i cosiddetti gruppi del dissenso cattolico, che tendevano a rinnovare dall'interno il modo di celebrare quei riti che, pur rispettando il loro essenziale centro eucaristico, valorizzassero di più il contributo dei singoli fedeli. E per tutto il '68 fui assiduo frequentatore di uno di questi. Dopo qualche tempo, tuttavia,

anche questo si diradò e infine sparì vuoi perché le critiche all'istituzione Chiesa Cattolica diventavano sempre più radicali vuoi per tutto l'altro nuovo che prepotentemente avanzava e invadeva tutto lo spazio mentale di ciascuno.

Per quel che riguarda la vita universitaria, i miei ricordi naturalmente riguardano gli avvenimenti di Città Studi, le tensioni anche all'interno dell'Istituto di Fisica, tra i docenti più reazionari, o vogliamo dire conservatori, tendenzialmente di destra da un lato e quei pochi dall'altro, eravamo tre o quattro, che invece erano disponibili a dare retta alle istanze studentesche, con tutti i possibili inconvenienti del caso:

«Cinque marzo Sessantotto, cinque maggio stesso anno in galera m'hanno messo e il processo ora mi fanno tutti i segni son spariti, ora stanno più tranquilli. Ho oltraggiato un ufficiale nelle pubbliche funzioni ma chi me l'ha fatto fare ma di andar coi capelloni... »
(Da [Io cerco l'uomo nuovo](#), sempre di Paolo Pietrangeli)

Un ricordo che ho molto vivido nella mente è quello dell'occupazione dell'Istituto di Fisica del 1971: mentre in una prima fase l'allora direttore dell'Istituto, prof. Ugo Facchini, era possibilista e cercava di mediare senza chiedere l'intervento della polizia, e alcuni di noi partecipavamo alle riunioni con gli studenti (allora il gruppo della sinistra extraparlamentare "egemone", così si diceva allora, a Fisica era *Avanguardia Operaia*), intervenivamo persino nelle oceaniche assemblee nell'aula grande dell'Istituto; ci fu poi un momento di rottura, a dire il vero provocato da qualche stupidità da entrambe le parti, e l'istituto venne, come si diceva, sgomberato dalla polizia milanese del questore Marcello Guida, per chi se lo ricorda (giusto per la precisione storica: inviato alla Divisione affari generali e riservati, Ufficio Confino Politico, nel 1937 fu nominato vice direttore della Colonia Penale di Ponza, nel 1939 della colonia di confino politico di Ventotene e poi, promosso

commissario, ne divenne direttore; assolto, come molti, dopo la guerra dai vari procedimenti di epurazione).

Poco dopo durante un improvvisato comizio esterno davanti all'Istituto arrivò una squadra di polizia di stato, guidata dal già allora tristemente noto vicequestore Vittoria, che senza tanti preamboli caricò, sulla strada e avanti lungo la via Ponzio, gli studenti che si erano nel frattempo ammassati, colpendo senza tregua e senza guardare chi capitava loro a tiro; tra cui il sottoscritto che riportò la rottura delle dita di una mano. Quello che più mi irritò fu la menzogna del vicequestore che urlò nel megafono "*Avete 5 minuti per sciogliervi*" e che dopo 5 secondi ordinò la carica.

Comunque sopravvissi bellamente e continuai nei mesi successivi a tentare di fare qualche attività con gli studenti. Ma la cosa non era facilissima, anche perché nessuno aveva ben chiaro che cosa bisognasse fare: il dilemma era soprattutto questo: **intervenire nel merito dei programmi dei corsi o soltanto sulla struttura universitaria?** Su questo nodo assolutamente fondamentale (io ero ovviamente per la prima alternativa) vi furono disaccordi e incomprensioni e, con la normalizzazione della situazione esterna, questo dibattito si dissolse. Tuttavia qualche conseguenza sulla didattica – punto nevralgico e decisivo di contatto tra docenti e studenti – fortunatamente rimase. Il più significativo fu quello dell'istituzione dei corsi serali per tutti gli insegnamenti più importanti, con la conseguenza che molti lavoratori poterono diventare "*studenti lavoratori*". E poi all'interno di alcuni corsi qualcosa cambiò. Le cosiddette "*esercitazioni*" diventarono "*gruppi di studio*", cambiamento di nome che di fatto indicava un cambiamento di pratica didattica: in queste ore aggiuntive al corso non si svolgevano più gli esercizi sul materiale insegnato dal docente nel corso, ma si riprendeva pesantemente questo materiale rispiegandolo e rivedendolo assieme.

Cosa mi rimane di quell'esperienza? Molto, direi, sia per

quanto riguarda i rapporti umani maturati in quei tempi e che non sarebbero stati possibili altrimenti, sia per la scoperta di valori e idee di cui non ero mai stato cosciente. A partire da quel fondamento sempre attuale che fu la bandiera della rivoluzione francese: *liberté, égalité, fraternité*, mai davvero completamente attuato, per continuare con le proposte più "rivoluzionarie" della rivoluzione del '17 in Russia, sulla valutazione della quale, come sappiamo, cominciarono le mille differenze e i mille distinguo in seno alla sinistra, e che portarono alla sua progressiva frammentazione e dissoluzione. [\[torna su\]](#)

* * *

Il partire dal '68 per interrogare il presente di Franco Toscani

Come era la scuola (o l'università) prima del '68?

Prima del '68 vigeva un marcato autoritarismo scolastico, gli studenti erano concepiti soprattutto come semplici oggetti, il loro protagonismo e la loro soggettività non erano in alcun modo considerati; oggi, talvolta, riscontriamo all'opposto un eccessivo permissivismo; autoritarismo e permissivismo sono comunque falsi aut-aut, false alternative educative, rispetto alle quali occorre riscoprire e valorizzare l'autorevolezza della funzione docente e il ruolo attivo degli allievi. Da questo punto di vista, il '68 ha rappresentato una scossa, un momento di svolta, pur attraverso contraddizioni, errori e insensatezze (come gli esami di gruppo, l'eccessivo antinozionismo, l'ideologismo, un certo schematismo ideologico, etc.).

Come hai vissuto il '68 da studente?

Nel novembre del '68 ho compiuto 13 anni, per questo motivo ho vissuto all'università con maggiore consapevolezza l'"onda lunga" di esso, gli anni Settanta. Iscritto alla facoltà di Filosofia alla Statale di Milano nel 1974, qui lo spirito del '68 era ancora ben vivo, con tutte le sue non poche luci e le

sue non poche ombre. Feci allora in tempo a vedere all'opera i famosi "katanga" di Mario Capanna (in quegli anni ancora leader studentesco milanese e non ancora fra i dirigenti nazionali di Democrazia proletaria). La frequentazione dei corsi e talvolta la conoscenza personale di intellettuali come Enzo Paci, Franco Fergnani, Remo Cantoni, Mario Dal Pra, Enrico Rambaldi, Carlo Sini e altri fu per me, proveniente da una piccola città come Piacenza, un'esperienza fondamentale e sprovvincializzante. Dal mio maestro Franco Fergnani cercai di imparare il rigore nello studio, la fedeltà ai testi, l'antidogmatismo, la libertà dell'interpretazione e lo spirito critico. Mi abbeverai soprattutto alle fonti dell'esistenzialismo, della fenomenologia e del marxismo antidogmatico. Cercai allora soprattutto di studiare; politicamente e culturalmente ero vicino alle posizioni della nuova sinistra, sempre lontano dallo stalinismo e da ogni forma di dogmatismo/conformismo anche di sinistra. A Piacenza, intanto, cominciavo la mia intensa attività di militante politico prima nel Pdup e poi in Democrazia proletaria, durata dal 1975 al 1982.

Come hai vissuto poi da insegnante la scuola nata dal '68?

Da insegnante ho sempre cercato di riconoscere e di rispettare pienamente il protagonismo e la soggettività dei miei allievi. Anche attraverso errori, che ho cercato di correggere via via nel corso dell'esperienza, ho pienamente compreso che l'insegnante non dev'essere autoritario né permissivo/lassista, ma autorevole e saper guidare con competenza e passione i propri studenti nel complesso e arduo percorso dell'amore per la sapienza e la vita buona. Ci sono riuscito? Giunto a 62 anni, non lo so, non sta a me dirlo. Sicuramente ci ho provato, in perfetta buona fede, sorretto dal fatto che, accanto all'attività d'insegnamento, ho sempre coltivato anche l'attività di studio e di ricerca, in particolare la saggistica filosofica (ho scritto pure due libretti poetici). Come insegnante ho sofferto molto la mancanza di una specifica preparazione didattica da parte

dell'università dei miei tempi. Ho cercato dunque di imparare a insegnare innanzitutto attraverso i miei errori, l'esperienza accumulata e poi grazie all'esempio e alle indicazioni dei miei colleghi migliori.

Una volta che ti sei trovato dall'altra parte della cattedra, cosa ti è sembrato cambiato in bene e cosa in male?

Intanto ho cercato e cerco di non dimenticare mai che pure io sono stato studente, con tutte le difficoltà e il travaglio che ciò comporta. Particolarmente bella e stimolante ho trovato la possibilità di mettere in pratica le idee che avevo messo a punto nel mio percorso umano, culturale, politico e professionale di maturazione. Ciò che non mi è mai piaciuto e continua a non piacermi del nostro lavoro è il pesante carico burocratico, le riunioni inutili, certi obblighi istituzionali, il rapporto con alcuni dirigenti scolastici ottusi, supponenti e presuntuosi.

C'è qualche elemento del '68 che secondo te sarebbe auspicabile anche nella situazione odierna?

A partire dai migliori aspetti del '68 credo che sia ancora possibile sviluppare una riflessione critica capace di riguardare il presente e di interrogarlo fruttuosamente. Di quella stagione culturale e politica, credo siano da riprendere in modo nuovo e creativo vari aspetti, tra cui il protagonismo studentesco e la valorizzazione della soggettività giovanile, la tensione allo spirito critico e ad un sapere critico, l'esigenza profonda sempre rinnovata di ciò che Edmund Husserl chiamò la *Sinngebung* (la donazione o conferimento di senso), oggi più che mai necessaria per arginare e contrastare il trionfo della mera *ratio* strumentale-calcolante nell'attuale scuola-azienda tristemente ridotta soprattutto a progettificio e a fabbrica di "cineseria".

(Pubblicato su [aprile 16, 2018](#) da [vivalascuola](#))

(Vivalascuola è curata da Nives Camisa, Giorgio Morale,

Roberto Plevano, Alberto Sabbadini)

Marcello Flores, Giovanni Gozzini – 1968, Un anno spartiacque

Un salto indietro, a cinquant'anni dal '68 di Alberto Fazio

Una riflessione: Siamo certi che il tipo di “rivoluzione sessuale” che abbiamo vissuto dal '68 in poi abbia avuto gli esiti liberatori che noi ci aspettavamo? Certo, il modo in cui le nostre figlie hanno vissuto e vivono la loro sessualità non ha nulla a che vedere con la vera e propria segregazione e “libertà vigilata” in cui vivevano le mie coetanee. La naturalezza dell'approccio fra ragazzi e ragazze che vedo in giro non ha nulla a che vedere con le tensioni represses e i fantasmi di pregiudizi dei nostri anni verdi. E' uno dei risultati del '68. Forse il più significativo. Prima di allora le regole del vivere civile erano dettate ovunque, anche in Francia, in Germania, dai nostri imam. Il Vescovo di Prato bollava come ‘pubblici concubini’ quelli che si sposavano in

municipio.

Ma non possiamo dimenticare che il mondo in cui vivevamo era per due terzi un mondo di contadini con stili di vita e tradizioni patriarcali che affondavano le radici nel neolitico. Quando andavo al liceo questa maggioranza era talmente "altra" da apparire come una razza diversa, nel colore della pelle, nel modo di vestire, nella lingua e nei costumi. Le donne, in particolare, andavano in giro vestite di nero e coperte dagli shador... pardon scialli, sorvegliate a vista da uomini vestiti di velluto e con tabarri blu. Cavalcature, processioni, delitti d'onore, carretti, canti antichissimi che si perdevano nelle campagne assolate dove si trebbiava con i muli. Come ancora accade in Tunisia o in Algeria. Noi eravamo i "francesi", loro erano gli "arabi". Emanavamo anche odori diversi.

Nulla faceva presagire che qualcosa sarebbe cambiato in questo assetto millenario del mondo.

E invece, alla fine dei miei anni di liceo, Caltagirone si svuotò.

In quindicimila, su quarantamila abitanti, si avventurarono al nord, in Germania, in Svizzera, a Milano, a Torino... Anche la mia classe di liceo si sparse ai quattro venti. E fra questi c'ero io.

Era successo che le campagne non davano più da mangiare, neanche ai livelli miseri che avevano assicurato fino ad allora. Le macchine, i concimi chimici, l'elettricità e le strade e l'apertura al mercato internazionale avevano industrializzato tutto facendo crollare i prezzi dei prodotti e degli stessi terreni. Quando fu tolto il tappo di una vecchia legge fascista che poneva ostacoli seri al cosiddetto "inurbamento" della popolazione, i villaggi della Riforma Agraria rimasero deserti, i campi e le piccole proprietà curate e coltivate fin lì come la luce dei propri occhi furono

abbandonate ai rovi. Non avvenne solo al sud: anche tutte le contrade contadine nelle prealpi venete rimasero disabitate. Assieme allo spopolamento fisico vi fu uno spaesamento culturale che attraversò la società da capo a fondo in modo tale che nulla, proprio nulla fu più come prima.

Un ricordo: era il periodo che precede il Natale, 1965. Tornavo da un drammatico viaggio a Kiel, sul Baltico, in cerca del mio fratello maggiore che era letteralmente fuggito dalla Sicilia.

Il treno su cui viaggiavo ad un certo punto si riempì di migranti pugliesi che tornavano a casa per le ferie di Natale: facce dure di braccianti e contadini da poco strappati alle campagne e scaraventati nelle fabbriche del centro Europa. Era sera e cercavo di appisolarmi quando cominciò un canto lento e profondo che contagiò tutto il mio vagone, forse tutto il treno. Era una canzone della naja, una marcetta dei congedanti, molto conosciuta... ma era stata trasformata completamente nel ritmo e nel modo espressivo, oltre che nelle parole: era diventato un lento, triste e solenne canto di emigranti, con doppie voci e contrappunto com'è nei canti del lavoro dei contadini pugliesi. Parlava di Berna, della Svizzera, della casa lontana e di un macchinista siciliano che doveva condurli a casa. Ascoltavo emozionato e commosso. In quegli anni a Palermo ero stato impegnato proprio nella ricerca, raccolta e registrazione dei canti contadini con Giuseppe Ganduscio, su incarico di Roberto Leydi che curava la trasmissione della RAI "aria di casa nostra" e il cui archivio è ora custodito a Pesaro presso la Fondazione Ernesto De Martino. In quegli anni la mia frequentazione del mondo contadino dei paesi interni della Sicilia era intensa anche per gli adempimenti del mio incarico politico di segretario provinciale della federazione giovanile comunista di Palermo oltre che per la frequentazione del Centro Studi di Danilo Dolci a Partinico.

Ma l'emozione e lo stupore raggiunsero il colmo quando il

treno varcò la frontiera di Chiasso: I vetri dei finestrini furono abbassati e migliaia di braccia col pugno chiuso salutarono l'arrivo del treno in Italia mentre si alzava il canto di bandiera rossa.

Ecco. Senza questo retroterra quella grande rivoluzione culturale che esplose nel '68 e che azzerò il prestigio degli imam cattolici distruggendo la segregazione sessuale e con essa la struttura stessa dell'autoritarismo che marcava il rapporto fra generazioni e fra poteri pubblici e cittadini, non avrebbe avuto il carattere universale che invece ha avuto. Oggi nei vicoli di Palermo o di Caltagirone sfrecciano le ragazze in motorino con l'ombelico al vento, vero simbolo ed immagine della nuova condizione femminile, allo stesso modo che ad Amsterdam, a Padova o a Siviglia.

Ma siamo sicuri che sia tutto oro? Quanta mercificazione del corpo e della mente ha accompagnato questa liberazione? Non c'è un nuovo asservimento, tutto diverso da quello antico ma non per questo forse meno inquietante, ai miti del successo attraverso la "fitness", la bellezza stereotipa e depilata costruita dai chirurghi estetici, ai valori ed ai modelli di un consumismo mentale da "Grande Fratello" e da sballo del Sabato sera, tutto diverso dalla liberazione per cui ci eravamo messi in gioco allora, sulla nostra pelle, su quella delle nostre compagne e dei nostri figli?

Quanto grande è il patrimonio dell'articolatissima diversità culturale radicata nei modi di produzione, nei *saperi* contadini e artigiani che è stata annientata? Una diversità che dotava ogni paese, ogni contrada, ogni regione, di sue storie, suoi racconti, suoi canti, sue danze, suoi riti, sue feste, posseduti e radicati in ciascuno da millenni? E non era in questo patrimonio che viveva la sacralità della vita e dei rapporti umani? Tutto è andato irrimediabilmente perduto e oggi, sebbene materialmente più ricchi più "istruiti" e più longevi, siamo culturalmente e mentalmente infinitamente più poveri, espropriati della nostra anima.

Questo nuovo asservimento è il centro della riflessione di Pasolini già all'inizio degli anni '70. Il suo discorso fu bollato come reazionario, ed era e resta invece il più profondamente e profeticamente sovversivo. Come lui, anche noi lottavamo per l'uguaglianza dei diritti ma non volevamo l'omologazione e la distruzione delle differenze culturali, etniche e di genere che fanno ricca l'anima di un popolo. 'Integrato' era la parola che usavamo con disprezzo quando volevamo offendere qualcuno.

Ora tutto questo quadro che appartiene al passato dei più anziani fra noi, si sta riproducendo molto più in grande stile sul piano mondiale. La gigantesca migrazione che sta spingendo l'Africa subsahariana a trasferirsi in Europa ha più di un tratto di somiglianza con quanto avvenuto nella metà del secolo scorso fra il sud e il nord dell'Europa. Le ferite non si sono chiuse, il sud non ha risolto nessuno dei suoi atavici guai, anzi ne ha di nuovi, e a tutto questo si sovrappone la nuova ondata migratoria dovuta all'esproprio di ogni condizione possibile di vita, in quei paesi, da parte delle multinazionali dell'agricoltura e della compagnie minerarie e petrolifere. Quale Grande Politica si sta pensando per quanto accade? Siamo sicuri che il rimedio sia l'Integrazione dei migranti? O non è piuttosto la riforma radicale del nostro modo di vita, di produzione e di dominio occidentale di cui oggi non si vedono alfieri se non in alcuni sognatori ecologisti?

(Padova, aprile 2018)

Diego Giachetti, Il '68 in Italia. Le idee, i movimenti, la politica

Che cos'è accaduto nel 1968 in Italia? Come e quali fattori internazionali lo hanno condizionato e preparato? Come si inserisce tale evento nella più generale storia politica, sociale e culturale del nostro paese? Quali furono i problemi che il movimento studentesco dovette affrontare e tentare di risolvere? Perché oggi si tende a recidere i collegamenti e i legami che all'epoca si strinsero tra lotte studentesche e lotte operaie? Il movimento del '77 come si pone rispetto a quello del '68?

La nuova edizione di questo libro vuole ancora essere un tentativo di riproporre alcuni passaggi politici e sociali, spesso ignorati dai cantori del '68 come evento epocale, senza i quali una parte consistente della storia dell'Italia repubblicana, quella che copre gli anni Sessanta e Settanta rischia di non appartenerci. Non si rende omaggio alla cosiddetta verità storica ignorando ad esempio l'interrelazione che ci fu tra la ripresa delle lotte studentesche e quelle operaie nel biennio cruciale del '68-'69 e la nascita delle principali organizzazioni della nuova sinistra. Ancora oggi, a 50 anni dal "fatto" è più che mai necessario andare oltre il '68, liberarsi dell'evento, ricollocarlo nella sua dimensione storica e temporale, cercando di coglierne i legami e gli intrecci con quanto era accaduto prima e con quanto accadde negli anni successivi. Tornare a leggere o rileggere, per quanto possibile, carte, documenti, libri, giornali, ci è parsa un'operazione salutare, preliminare e necessaria, da farsi, invece che rilanciare la posta sul vuoto tavolo delle ipotesi non verificate o verificabili che ci ripropongono un '68 matrioska, dentro il quale erano già contenuti tutti gli avvenimenti successivi: dal crollo del muro di Berlino alla caduta dell'Urss, dalla crisi del sistema politico a tangentopoli, dalla chiusura del secolo breve al "nuovo liberal-capitalismo, caratterizzato dalla presunta "fine delle

ideologie” nel regno attuale detto “post-moderno”.

***Diego Giachetti. *Il '68 in Italia. Le idee, i movimenti, la politica* (SFS edizioni, 2018)**

Se ne è andato Daniel Chavarría di Paolo Soraci

Se ne è andato Daniel Chavarría e il dolore è davvero enorme. Un maestro, un amico, una forza della natura. Ripenso agli anni della Marco Tropea, in giro per l'Italia a presentare i suoi meravigliosi romanzi d'avventura, dal *Rimedio universale* all'*Occhio di Cibele*, da soli o in truppa con Paco Taibo II, con Rolo Diez, con Leonardo Padura, e con Lucho Sepúlveda, che, pur di altra “scuderia”, si accompagnava spesso e volentieri alla banda Tropea. Ricordo le lunghe discussioni filologiche per definire esattamente il concetto, così irriducibilmente italico, di “paraculo”, parola che Daniel adorava e concetto che sapeva incarnare a perfezione. Ricordo il leggendario racconto del suo arrivo a Cuba dirottando un piccolo aereo di linea dalla Colombia: negli anni lo sentimmo crescere, articolarsi di meravigliose digressioni, assumere una perfetta struttura circolare, con al centro il più povero piatto della cucina cubana, l'arroz congris.

E poi, il fantastico rito lustrale, che era uso proporre alla fine di banchetti particolarmente ricchi e gustosi. A fine cena si alzava, chiedeva l'attenzione di tutti i commensali, ringraziava per la bontà dei cibi, la sublime qualità dei vini, l'eccelsa raffinatezza della conversazione, il fascino delle signore. Spiegava che arrivava da un paese povero e in

perenne lotta per la sopravvivenza, dove quel che era stato portato in tavola quella sera sarebbe bastato per una settimana a un intero quartiere della sua città, L'Avana, e invitava tutti a un rito di ringraziamento e purificazione, chiedendo di ripetere con lui questa formula: "Viva Marx, viva Lenin, viva Mao Tse Tung! Evviva il compagno Giuseppe Stalin, nemico dei padroni, terrore dei fascisti, e dei falsi comunisti!"

Me lo ricordo all'Avana... me lo ricordo a Gijón alla Semana Negra, me lo ricordo in infinite città italiane per le presentazioni... mi ricordo quando andando al Festival dell'Unità di Reggio Emilia ci scoppiarono due gomme, non una. E lui e Leonardo Padura si rovesciavano da ridere perché una cosa così non si era vista mai neanche a Cuba.

Daniel era unico e meraviglioso. E spero che qualcuno recuperi i suoi libri, compreso La sesta isola, altro miracolo di humor e avventura, se lo merita Daniel, se lo meritano i suoi libri, se lo meritano i lettori.

I tre moschettieri.

Se ne è andato Daniel Chavarría il d'Artagnan del gruppo.

Rolo Diez, Luis Sepúlveda, Paco Ignazio Taibo II e Daniel Chavarría.

La foto di Daniel Mordzinski, ovviamente.

Il lungo '68 in Italia e nel mondo di Marco Boato

The time is now di David Bidussa

Un libro per ricordare. Un libro per capire. Un libro per non smettere di lottare.

“Dove esistono una voglia, un amore, una passione, lì ci sono anch’io”

Giorgio Gaber

“Un ‘futuro più luminoso’ è veramente e sempre soltanto il problema di un lontano ‘là’?

Non è, invece, qualcosa che è già qui da un pezzo e che solo la nostra miopia

e la nostra fragilità ci impediscono di vedere e sviluppare intorno a noi e dentro di noi?”

Václav Havel

Quanta sete di giustizia, quanta carica vitale, quanta voglia di futuro. Una stagione durata almeno un decennio (1967-1977) è qui rappresentata attraverso i discorsi e gli interventi di alcuni protagonisti di quegli anni nel tentativo di recuperare le diverse anime del '68 e capire oggi se è rimasto qualcosa di allora, e come. Per questo il volume propone all’inizio il discorso di Emma González, pronunciato all’indomani dell’ennesima strage in una scuola in Florida, che è un forte atto di accusa contro Trump e la sua generazione.

Ma le idee del '68 arrivano da lontano, così è utile ricordare il progetto modernissimo della Repubblica romana di Pisacane, del 1849, che si salda alla lotta di altri eroi che hanno dato la vita per un futuro di libertà, come Luther King, Mandela, Robert Kennedy, Che Guevara (sebbene il suo incitamento all’odio risulti oggi inaccettabile), senza dimenticare don Milani e la sua lotta al militarismo.

Per entrare nel cuore del '68 non potevano mancare la sferzante polemica di Pasolini contro gli studenti, gli interventi di Viale, Dutschke, Marcuse, e poi di Fo, Basaglia, Havel, le loro denunce contro i poteri e la violenza delle istituzioni, fino ad arrivare a Langer e al suo appello a vivere con meno anziché con più cose. Una vera rivoluzione. Chiude il libro l'analisi lucida e disincantata di Giorgio Gaber.

Fede e Ragione nel Galileo di Brecht di Cesare Molinari

Diversamente da quanto pensavano molti critici e studiosi, soprattutto italiani, come Silvio D'Amico, il quale considerava il teatro come il tempio della parola poetica che gli attori dovevano neppure interpretare, ma soltanto trasmettere, Brecht non credeva affatto che i suoi drammi (*Stücke* – pezzi) fossero testi definitivi e intangibili: essi potevano, anzi, dovevano venire modificati per adeguarsi alle esigenze dei tempi e delle situazioni o anche alle differenti idee e sensibilità degli interpreti. (E questo valeva anche per i capolavori del passato, donde le sue numerose rielaborazioni – *Bearbeitungen*). Per questo definì le sue opere drammatiche *Versuche*, cioè 'tentativi', o 'esperimenti', ma anche 'saggi' – il verbo "*suchen*" significa 'cercare'. E per questo tornò di frequente sui suoi testi, ritoccandoli o correggendoli, magari dopo averli verificati alla prova del palcoscenico.

Ma nessuno dei suoi drammi conobbe un percorso così lungo e

tormentato come *La vita di Galileo (Das Leben des Galilei)*: dal primo progetto, che avrebbe dovuto intitolarsi *Die Erde bewegt sich (La terra si muove)*, al testo definitivo corrono infatti almeno diciassette anni: la prima versione, quella così detta 'danese' perché composta durante l'anno dell'esilio in Danimarca, fu terminata nel novembre del 1938, mentre la versione berlinese fu pubblicata solo nel 1955, cioè un anno prima della morte dell'autore (e rappresentata un anno più tardi, nel 1957). Fra le due si inserisce la versione 'americana', scritta in lingua inglese da Charles Laughton, molto più breve della 'danese': 64 pagine invece di 103. Le tre versioni sono state pubblicate in un unico volume soltanto nel 1998: *Bertolt Brechts Leben des Galilei – Drei Fassungen, Modelle, Anmerkungen*; in: *Spektakulum 65 – Sonderband zum 100. Geburtstag von Bertolt Brecht*, Suhrkamp, Frankfurt a.M. 1998.

E' certamente riduttivo limitare l'analisi di un'opera drammatica o narrativa, come anche di uno spettacolo, alla descrizione critica del suo protagonista, anche quando si tratta di un personaggio gigantesco, come nel caso di Galileo. Bisogna ricordare che il dramma brechtiano mette in scena una folla di personaggi, molti dei quali disegnati a tutto tondo, spesso in termini contraddittori, o "dialettici", come correttamente preferisce definirli Ernst Schmacher: così Virginia, figlia di Galileo, così la signora Sarti, sua governante, così, e in modo particolare, Ludovico Marsili, e il 'piccolo frate' Fulgenzio, ma anche il cardinal Barberini poi papa Urbano VIII. Per non parlare di quella sorta di invitato di pietra che è la grande figura di Giordano Bruno, le cui intuizioni non si basavano sulla ricerca sperimentale, quanto su una sorta di magica visione e tuttavia si avvicinavano, più di quelle di Copernico e di Galileo, alla più recente idea di un universo senza confini e in continua espansione. In verità Bruno, più che un personaggio è un modello o un incubo, sempre designato come "colui che è stato arso vivo": *der Verbrannte*.

Similmente è riduttivo cercar di individuare un tema o un motivo dominante, o, peggio, un unico 'messaggio', soprattutto in un'opera tanto complessa, dove vengono trattati argomenti molto diversi e da punti di vista fra loro contrastanti: così, accanto al tema certamente fondamentale della responsabilità dello scienziato, troviamo quello, altrettanto decisivo, del contrasto fra le classi sociali, il motivo dell'esercizio del potere connesso a quello della libertà (non solo nella ricerca), come a quello del nesso fra ricerca scientifica e progresso tecnologico; il tema della felicità e del dolore individuali, delle vittime che il progresso è costretto a disseminare, e infine quello della speranza nell'avvento di una nuova epoca (un nuovo tempo: *neue Zeit*), o del timore di quell'ignoto che proprio il rinnovamento fatalmente comporta. Ciò che potrebbe mettere in crisi l'invito, o il motto, prediletto di Brecht: "*ändern die Welt*: cambiare il mondo" (così come il ritornello del 'cambiamento', tanto dominante nell'attuale dibattito politico).

Di fatto, il mondo sembra cambiare continuamente e irresistibilmente sotto la spinta di forze apparentemente incontrollabili. Ed è anche per questo che il contrasto tra la fede e la ragione, pur non essendo *il* tema dominante, costituisce un motivo essenziale per la comprensione del dramma, anche perché, da un punto di vista formale e strutturale, sembra proporsi come un *Leit-Motiv*, che riemerge, con maggiore o minore intensità, lungo tutto il percorso del dramma, per trasformarsi in una vera esplosione orchestrale nelle due scene centrali (VII e VIII) e concludersi, ma in un *calando*, nella scena del confronto e del compromesso tra il papa e il cardinale inquisitore (XII), nella quale si può percepire l'intimo tormento di Urbano VIII – e si tratta di una scena che ricorda da vicino quella tra Filippo II e il grande inquisitore nello schilleriano *Don Carlos*.

Ma sarà forse opportuno partire dalle parole. Perché il tedesco '*Glaube*' non corrisponde esattamente all'italiano

'fede', coprendo apparentemente un'area semantica molto più ampia. Solo apparentemente però, in quanto se è vero che la forma verbale (*glauben*) può significare anche 'credere' nel senso di 'avere un'opinione', 'pensare' (*meinen* o *denken*), il sostantivo (*Glaube* appunto) non potrebbe mai essere sostituito da qualcosa come '*Meinung*' (opinione), ragion per cui la scarsa determinazione semantica del verbo diventa invece assoluta nel sostantivo, che non è etimologicamente prossimo ad altri di carattere più genericamente soggettivo come l'italiano 'fiducia', che in tedesco suona '*Vertrauen*'.

Diverso e quasi opposto il discorso che si può fare sull'altro polo dell'opposizione: 'Ragione'-'*Vernunft*'. Stavolta è il termine italiano a coprire una vasta area semantica, tanto che si può dire "ho ragione" come il contrario di "ho torto", oppure "non è una buona ragione" nel senso di "non è un buon motivo" ovvero "una buona causa". Al contrario, il tedesco '*Vernunft*' ha un unico significato, indicando la più alta facoltà dell'uomo, parallela, ma quasi contrapposta a '*Verstand*', 'intelletto', che sarebbe quasi una mera facoltà di calcolo (e ciò anche se l'aggettivo '*vernünftig*' corrisponde esattamente all'italiano 'ragionevole'). Ma la cosa più importante è che nella cultura idealistica tedesca e, in particolare, nel pensiero di Hegel, di cui Brecht era impregnato, la Ragione-*Vernunft* assurge a un significato quasi metafisico, diventando, nel suo realizzarsi, il motore della storia, e finendo (addirittura nel suo uso aggettivale) con l'identificarsi nella realtà: "*Was vernünftig ist, das ist wirklich*": ciò che è razionale è reale. Ma per Brecht la Ragione non poteva non assumere un significato anche politico, tanto da indurlo a cantare "la bandiera della Ragione è rossa" (*die Fahne der Vernunft ist rote*).

Nel dramma i due termini (Fede e Ragione) compaiono insieme per la prima volta in una di quelle didascalie che negli spettacoli venivano qualche volta proiettate e qualche altra recitate: una didascalia comunque riferita a Galileo,

descritto come il testimone della propria fede nell'umana ragione. Ma non può sfuggire il paradosso di questo enunciato: la fede nella ragione è pur sempre appunto una fede, cioè qualcosa che non può avere, a sua volta, un fondamento razionale, talché il contrasto, o la dialettica, non potrà essere che fra due fedi diverse, l'una delle quali trova, per così dire, in se stessa il proprio fondamento, mentre l'altra si consegna a un ente estraneo, sia questo una chiesa, un partito o anche un uomo carismatico – come Hitler-Arturo Ui nel quale troviamo una sorta di sintesi fra le due fedi, in quanto da un lato egli pretende fede dai suoi scheranani, ma dall'altro afferma che solo in forza della sua fede in se stesso, una fede fanatica e incrollabile, egli ha potuto conquistare il suo impero. Questa infatti è la prima qualità della fede: essa smuove le montagne (nei trenta versi del suo discorso la parola 'fede-Glaube' ritorna non meno di dodici volte).

Nella parte conclusiva della scena introdotta dalla didascalia citata (III), Galileo spiega in cosa consiste la sua fede nella ragione: essa coincide con la fede nell'umanità ed è per lui qualcosa di assoluto o, meglio, di indispensabile: "senza questa fede non avrei la forza di alzarmi dal letto"; ed è in qualche modo anch'essa una violenza, ma una "dolce violenza", ossia una seduzione, ma la seduzione di un innamorato, intesa a dare piacere al sedotto, perché "il pensare è il piacere più grande della razza umana". Ma la conclusione, affidata all'amico Sagredo, cui Galileo ha fatto vedere i satelliti di Giove, è profondamente pessimistica: "è un'ora di accecamento quella in cui si crede nella ragione del genere umano" – anche la fede nella ragione oscura la ragione stessa.

Ma il vero scontro tra la fede e la ragione avviene più tardi, nel corso della scena del ballo nel palazzo del cardinal Bellarmino (VII), anche se in essa la parola 'fede' viene pronunciata soltanto da Galileo, il quale si è isolato dalla folla dei danzanti e viene raggiunto da due principi della

chiesa, che sono anche principi nella società: il cardinal Bellarmino appunto e il cardinal Barberini, futuro papa. C'è dunque uno squilibrio tra le forze in campo, tanto più che i due cardinali sono accompagnati dai loro segretari, incaricati di prendere appunti, sicché la conversazione si risolverà in una sorta di interrogatorio di polizia, in cui il sospettato viene implicitamente avvertito – come succede nei film americani – che tutto quello che dirà potrà essere usato contro di lui. Ma era cominciata su un piano strettamente teologico da cui Galileo cerca di uscire argomentando che Dio deve aver costruito il cervello umano in modo tale da renderlo adeguato alla comprensione della realtà, ma in verità limitandosi a ripetere per due volte la sua professione di fede nella ragione. Che invece Barberini (il quale, sapremo più tardi, era anche uno scienziato) ritiene “inadeguata” perché incapace – chiarisce Bellarmino – di dare un senso all'atroce crudeltà del mondo, come invece sa fare non già la fede, ma l'autorità, di cui la fede è una specie di sottoprodotto. Per cui si può immaginare che nel dichiararsi “fedele (*gläubiger*) figlio della chiesa”, Galileo abbia compiuto un primo atto di sottomissione all'autorità.

Il motivo introdotto da Bellarmino viene compiutamente sviluppato nella scena successiva – forse la più emotivamente coinvolgente di tutto il dramma – quella cioè della conversazione fra Galileo e il “piccolo monaco” Fulgenzio, il quale trasforma i bruti di Bellarmino, felici di essere frustati dal padrone le cui mani vanno a leccare amorosamente, in una vera umanità dolente. Neppure qui la parola ‘fede’ viene esplicitamente proferita, anche perché le argomentazioni del frate si mantengono prevalentemente su di un piano astronomico o, meglio, cosmologico: credersi al centro dell'universo conferisce ai miseri quel minimo di dignità che li fa sentire umani, così come la certezza di far parte di un progetto divino e di sentirsi attori, e non semplici comparse, nel gran teatro del mondo. E il riferimento a Shakespeare assume qui una particolare pregnanza in quanto la fame non

sarà più semplice non avere mangiato, ma un merito – *Verdienst*: in qualche modo un servizio volontario o un sacrificio. Così Fulgenzio attribuisce alla fede il suo secondo valore: non più soltanto potenza, ma anche, e soprattutto, conforto.

Nel suo tono commosso ed evocativo l'argomentazione di Fulgenzio è stringente, tanto da far apparire quasi imbarazzata la risposta di Galileo, non solo perché egli usa troppi di quegli esempi che già Andrea Sarti, da bambino, gli aveva rimproverato, ma anche perché il suo estremo ricorso alla ragione appare non più come un articolo di fede, ma piuttosto come proiettato nel lontano e incerto futuro in cui gli uomini avranno imparato a pensare. Ed è bensì vero che tenta di diffondere le sue dottrine scrivendo il [*Dialogo sopra i due massimi sistemi del mondo*](#) in lingua volgare, ma è anche vero che aveva dimostrato profondo disprezzo per chi non è intelligente, come la figlia Virginia, che a pensare non imparerà mai, restando quindi inaccessibile alla ragione. Forse in questo, assai più che nella ritrattazione, potrebbe consistere un suo 'tradimento', se mai di tradimento si può parlare.

In verità, fra i due termini dell'opposizione – fede e ragione – se ne inserisce un terzo, che anzi andrebbe forse considerato come il vero rovescio o il vero nemico della fede: il dubbio (*Zweifel*). Se la ragione è inadeguata per spiegare il conturbante mistero del mondo, per dare un senso alla vita, ed ha perciò bisogno del soccorso della fede, il dubbio è invece capace di corrodere la fede dal suo interno, come un agente diabolico. Fin dalla prima scena con il piccolo Andrea, Galileo pone in termini espliciti il radicale contrasto fra i due principi: "Perché laddove per mille anni era insediata la fede, ora siede il dubbio". Con altrettanta chiarezza, ma ovviamente con una valutazione rovesciata, sarà il cardinale inquisitore a denunciare al papa gli esiti sociali del trionfo del dubbio sulla fede: "Possiamo noi fondare la società umana

non più sulla fede, ma sul dubbio?”.

Il dubbio è lo strumento della ragione o, meglio, della scienza, che, a sua volta, è funzione della ragione, ma le cui sentenze non sono mai definitive: la risposta a un dubbio ne apre un altro, che ha bisogno di nuove prove (*Beweise* – altro termine decisivo nel procedere della scienza), talché, mentre la fede ritiene di poter dare una risposta definitiva al mistero dell’universo e dell’esistenza, la scienza e di conseguenza la ragione, con il porre sempre nuovi dubbi lo lasciano aperto. E proprio in ciò consiste la sua fascinazione (*Glückseligkeit* alla lettera ‘augurio di beatitudine’), come dichiara il ‘piccolo frate’ Fulgenzio, che più tardi, travolto dal dubbio, abbandonerà la ricerca scientifica. La fede è possente e consolatoria, ma solo fino a quando non viene intaccata dal dubbio, di cui invece la scienza e la ragione si nutrono. E questo, con un estremo paradosso, può valere perfino per la fede nella ragione.

Il personaggio di Galileo è complesso e contraddittorio come pochi altri nell’opera brechtiana – forse soltanto Madre Coraggio – tale complessità implicando anche un giudizio di carattere morale, cosa che peraltro infastidiva Brecht, il quale avrebbe voluto che essa fosse piuttosto funzionale a impedire l’immedesimazione dello spettatore nel personaggio.

Colui che definisce nel modo più sintetico e pregnante tale complessa personalità è lo stesso papa Urbano VIII, parlando con l’inquisitore nella famosa scena della vestizione: “Egli conosce il piacere più di qualsiasi altro uomo che io abbia incontrato. Il suo stesso pensare è sensualità. Non sa dire di no a un vino vecchio come a un nuovo pensiero”. E più tardi, nella scena conclusiva con Andrea che è venuto a trovarlo dopo tanti anni (XIV), sarà lui stesso, Galileo, a definire ‘vizio’ la sua passione per la ricerca: vizio, come è vizio la sua ghiottoneria. Ma ciò fa parte soltanto della complessità del personaggio, che, come tutti, è fatto di alto e di basso, di materia e di spirito – e non c’è bisogno di ricorrere a

Montaigne per ricordare come ciò sia anche parte integrante della dottrina cristiana, se non altro per l'idea del ricongiungimento finale tra l'anima e il corpo. Complessità dunque, accuratamente descritta e sottolineata, ma non contraddizione.

Contraddittorio è semmai il suo già ricordato disprezzo per la figlia Virginia, prima vittima della sua intransigente passione per la ricerca scientifica, vittima che, per contrappasso, si trasformerà in aguzzina. E' vero che, conversando con Fulgenzio, aveva affermato che "la vittoria della ragione non può essere se non la vittoria di coloro che esercitano la ragione (*die Vernünftiger* – i ragionevoli)", ma è altrettanto vero che i miseri, del cui riscatto sembra tanto preoccuparsi, ben difficilmente impareranno a pensare secondo ragione, se chi dovrebbe educarli li tratta come bambini scemi. Similmente e anche più evidentemente contraddittorio sarà lasciare Venezia per Firenze, dove avrebbe certamente avuto più tempo da dedicare allo studio, ma anche, e forse soprattutto, più soldi per soddisfare i suoi piaceri materiali. E lo fece rifiutando i consigli di Sagredo, così come rifiuterà l'aiuto di Vanni – personaggio episodico, ma altamente significativo in quanto rappresentava proprio quegli artigiani tanto ammirati.

La maggior parte dei commentatori ritiene che la più grande contraddizione di Galileo consista nella sua abiura: egli aveva sempre ritenuto che la ricerca scientifica sarebbe ridondata in conquiste tecnologiche a lor volta intese ad alleviare la fatica dei lavoratori. Ora, abiurando, Galileo avrebbe rinunciato a questa missione, così come a testimoniare con il suo sacrificio la verità scientifica. Non si tratta soltanto di contraddizione, si tratta di tradimento, come egli stesso riconosce, dapprima rivolgendosi ad Andrea come "cugino nel tradimento" e poi affermando di "aver tradito la sua professione". E questa sembra essere stata anche l'opinione di Brecht, se è vero che il paragrafo dedicato alla scena

dell'abiura in *Aufbau einer Rolle* (*La costruzione di un ruolo*) è intitolato *Il traditore – Der Verräter*.

Aufbau einer Rolle non è soltanto un'analisi critica del personaggio di Galileo, ma anche, e soprattutto, la storia della collaborazione con Charles Laughton che porterà alla stesura della versione 'americana' in vista della messa in scena che avrà effettivamente luogo prima a Los Angeles e poi a New York nel 1947 (e ricordiamo, incidentalmente, che la versione danese era stata rappresentata per la prima e unica volta a Zurigo nel 1943). Brecht vi riconosce la funzione decisiva esercitata dal grande attore inglese nella revisione del testo originale e non solo perché fu lui a scrivere il nuovo testo in lingua inglese, ma anche perché egli fu determinante sia, ovviamente, nella definizione del personaggio – spesso in aperto contrasto con le idee di Brecht – sia nell'impostazione della regia, che, tecnicamente, sarà affidata a Joseph Losey. Tutto sotto l'ossessiva presenza dell'avvenuto sganciamento delle prime bombe atomiche su Hiroshima e Nagasaki, che gettava una luce completamente nuova sul ruolo e la responsabilità degli scienziati.

Lo spettacolo che ebbe luogo nel piccolo Coronet Theatre di Los Angeles il 10 agosto del 1947 e nel quale (assente Brecht che era già tornato in Europa) furono introdotte nuove modifiche anche al testo, pare essere documentato da circa tremila fotografie eseguite da Ruth Berlau e da un filmato muto, in 16mm e a colori, realizzato dalla stessa. Personalmente posso avvalermi soltanto delle 43 fotografie pubblicate in *Aufbau einer Rolle* (edito da Henschelverlag per la Deutsche Akademie der Künste, 1962).

Chiaramente, da un punto di vista squisitamente teatrale, un personaggio è determinato in primo luogo (e, verrebbe da dire, primo in ordine di tempo) dal suo aspetto fisico, ma anche, occasionalmente, dalla memoria che gli spettatori possono avere di sue precedenti interpretazioni: Charles Laughton era grosso e brutto e alcune delle sue migliori interpretazioni

riguardavano personaggi negativi, cinici o malvagi, come il giudice de *Il caso Paradine* che, rispondendo alla moglie chiamandola "stupida donna", diceva di aver appena compiuto il suo dovere condannando a morte la signora Paradine (ma aveva anche interpretato un 'mostro buono' come il Quasimodo di *Notre dame de Paris*). Ma poi, evidentemente, il personaggio viene completandosi e prendendo consistenza nel susseguirsi del suo gestire, dei suoi atteggiamenti, dei suoi movimenti che formano un'unità dialettica con le parole del testo che è chiamato a interpretare. Ma l'edizione berlinese di *Aufbau einer Rolle* è in tre volumetti, il secondo dei quali è il testo 'definitivo' di *Das Leben des Galilei*, mentre il terzo propone una sorta di fotocronaca dello spettacolo andato in scena al Berliner Ensemble nel 1957 con l'interpretazione di Ernst Busch, preceduta da un'affettuosa lettera di Brecht, che, quasi annunciando la propria morte, si dice sicuro che il suo attore avrebbe costruito una "suntuosa figura" e da un brano tolto da *Theaterarbeit*, con la descrizione di alcune precedenti interpretazioni dello stesso Busch, oltre a una pagina del musicista Hanns Eisler, il quale ricorda come Busch abbia fatto di Galileo non già "lo scienziato distratto" della tradizione naturalista, ma uno scienziato di tipo nuovo, un vero uomo del Rinascimento – e già questo lascia pensare a quanto diversa debba essere stata questa interpretazione rispetto a quella di Laughton.

Gà fisicamente le loro figure erano profondamente diverse: al contrario di Laughton, Busch era alto e magro: aveva 57 anni quando interpretò Galileo (Laughton ne aveva dieci di meno nel 1947), ma era ancora un bell'uomo, dai lineamenti regolari, ma solcati da rughe profonde, quasi scavate dal tormento del pensiero, che quindi non poteva essere per lui solo un piacere. Potremmo insomma dire che i due attori costituirono i due poli tra i quali potevano ondeggiare le interpretazioni del capolavoro brechtiano. In effetti, vie di mezzo ce ne saranno poche nella storia scenica del *Galileo*. Ma vediamo di mettere a confronto alcuni momenti delle due serie

fotografiche, nella speranza di capire quanto come e perché tali interpretazioni divergessero, senza escludere che, in certi casi, potessero coincidere.

Sembra impossibile che lo spettacolo di Los Angeles e di New York abbia eliminato il momento in cui Galileo si sta lavando a torso nudo mentre incomincia a discorrere con il piccolo Andrea. Di fatto però nella prima fotografia della serie Berlau questo episodio non compare affatto, e mostra invece Galileo già vestito della palandrana fratesca che manterrà per quasi tutto lo spettacolo, ed è accompagnata da una strana didascalia che dice: “si ricordi...che Galileo osserva con interesse l’interesse del bambino, mentre si sta lavando sullo sfondo”, quasi un rinvio a un testo tagliato (del resto, la Berlau aveva invitato Laughton a scrivere a Brecht per dirgli quali e quante modifiche egli avesse apportato al progetto originale). Inoltre le due prime foto ritraggono Laughton-Galileo in piedi, ma dietro al suo tavolo e immerso nella lettura, sicché il suo “interesse per l’interesse” di Andrea, che è molto lontano da lui, sembra del tutto superficiale e distratto.

In verità, neppure la prima fotografia della serie berlinese mostra le abluzioni di Galileo a torso nudo, ma questo perché siamo già nella seconda fase della sua “toilette mattutina”: Busch-Galileo ha già indossato la camicia che porta aperta su un paio di pantaloni del tutto moderni, come se lo scienziato rinascimentale fosse già un uomo moderno (ma più tardi indosserà anche costumi cerimoniali d’epoca). Il piccolo Andrea sta accucciato ai suoi piedi per aiutarlo a infilarsi le scarpe, ma Galileo gli parla guardandolo e sorridendogli: “lo tratta come un amico” – dice la didascalia. Il contrasto fra le due immagini non potrebbe essere più stridente: nella prima il Galileo di Laughton pare concentrato unicamente sui suoi libri, cioè su se stesso, mentre nella seconda il Galileo di Busch si interessa veramente di quell’interesse del bambino di cui paradossalmente parla la didascalia della foto relativa

all'interpretazione di Laughton, dimostrandogli inoltre un'affettuosa simpatia.

Il momento della prima dichiarazione di fede nella ragione sembra essere fotograficamente documentato soltanto nella serie berlinese, che la riporta integralmente nella didascalia: "Io credo negli uomini, e ciò significa io credo nella loro ragione! Senza questa fede non avrei la forza di alzarmi dal mio letto la mattina". Il Galileo di Busch non diceva questa frase come una grande dichiarazione retorica, magari rivolgendosi al pubblico: lo faceva invece seduto attorno a un tavolo con Sagredo che egli guarda intensamente negli occhi. L'amico, in quel momento può certo rappresentare tutti gli uomini, ma rimane pur sempre un singolo individuo, un amico, che bisogna certamente persuadere, ma quasi confidandogli un pensiero intimo e quasi ossessivo. Invece, più tardi, durante il ballo nel palazzo Bellarmino, dove era intervenuto indossando un sontuoso costume da cerimonia, durante la discussione con i due cardinali cominciata a colpi di citazioni bibliche, ripeterà per due volte la stessa professione di fede (malamente tradotta in italiano come "io ho fede nel cervello") senza guardare in faccia gli interlocutori, ma di fronte, rivolto al pubblico, ossia a quella umanità alla quale quella fede andava testimoniata.

Anche nel caso della conversazione con Sagredo la serie Berlau non sembra presentare un parallelo esatto. Tuttavia mi sento autorizzato a pensare il Galileo di Laughton nello stesso atteggiamento in cui lo mostra la foto la cui didascalia dice semplicemente "Galilei invita l'amico Sagredo a guardare la luna e Giove con il telescopio": comodamente abbandonato sulla sua sedia, con le mani dietro la testa, senza guardare né verso l'amico, né verso il pubblico, soddisfatto di sé per la sua fede come per le sue scoperte.

Ma la scena che i fotografi delle due serie (o gli editori dei due volumetti) sembrano aver voluto documentare nel modo più dettagliato è la successiva, quella della conversazione tra

Galileo e il 'piccolo frate' Fulgenzio. Si tratta proprio di due sequenze: una di quattro fotografie (Berliner) e l'altra addirittura di dieci (Berlau). In questa Galileo-Laughton ascolta con attenzione solo l'inizio del lungo e conturbante racconto di Fulgenzio, guardandolo negli occhi pensoso; ma poi, sembra via via sempre più distratto, guarda per aria e si lascia andare sulla sedia nello stesso atteggiamento che aveva assunto con Sagredo, poi si copre gli occhi e addirittura fa il gesto di pulirsi un orecchio con il dito, come se la cosa più importante fosse sempre e soltanto il suo benessere. Torna concentrato solo al momento di pronunciare la sua altrettanto lunga e articolata risposta, quando si china verso il frate per poi diventare quasi aggressivo nel puntare il dito accusatore verso di lui, forse nel momento in cui gli diceva "sei o non sei un fisico?". Ma poi sembra tornare a distrarsi, almeno fino al momento di chinarsi sui suoi fogli per spiegare al frate il passaggio oscuro. Nella molto più breve serie berlinese le variazioni sono minime, perché il Galileo di Busch è sempre attento, dapprima chinandosi leggermente verso il frate e guardandolo sempre negli occhi, tranne che in un momento, quando china la testa pensoso: è una scena statica, mai conflittuale: i due interlocutori sono sostanzialmente d'accordo.

Il momento culminante del dramma, quello della catastrofe va ovviamente individuato nella scena dell'abiura. Nel film di Losey (1974), in qualche misura riferibile agli spettacoli di Los Angeles e di New York, da lui diretti, gli allievi di Galileo (Andrea, Federzoni, Fulgenzio) aspettano nervosamente che la sentenza venga proclamata, dicendosi certi, per farsi coraggio, che mai e poi mai Galileo avrebbe abiurato, mentre sul fondo Virginia, inginocchiata e ridotta quasi a silhouette, prega Iddio di concedere proprio la grazia dell'abiura (la didascalia del testo recita: "inginocchiata in un angolo recita il rosario"). Il testo dell'abiura verrà letto fuori scena dalla voce di un banditore, raggelando gli uni ed esaltando l'altra. Ma in *Aufbau einer Rolle* questa

scena non viene né descritta né documentata fotograficamente. E lo stesso succede nella serie fotografica relativa alla rappresentazione del Berliner. Entrambe passano direttamente alla ricomparsa di Galileo, però solo nella serie-Berlau c'è la foto del preciso momento dell'ingresso in scena di Galileo-Laughton, scattata, come precisa lo stesso Brecht (che non aveva visto lo spettacolo), nella prima rappresentazione americana, quella del Coronet Theatre di Los Angeles, dove Laughton appariva senza barba. È un momento importantissimo, anche perché è quello in cui il disaccordo fra Brecht e Laughton sull'interpretazione del personaggio si manifestò nel modo più evidente.

Varrà la pena di leggere quello che Brecht scrive in *Aufbau einer Rolle*: "Per Galileo che si ripresenta agli allievi, dopo aver abiurato di fronte all'Inquisizione, il testo reca la seguente didascalia: '*Entra cambiato fino alla irriconoscibilità*'. Laughton non scelse una irriconoscibilità fisica, come l'autore aveva suggerito. Nel suo camminare lento (ma *lose* può valere anche *malfermo, incerto*) e nel suo sogghigno c'era qualcosa di infantile, di piscialletto)..." Ma la fotografia mi sembra dire qualcosa di diverso, qualcosa che semmai acuisce la divergenza fra l'autore e l'attore, aggravando quel giudizio morale tanto estraneo a Brecht: il Galileo di Laughton entrava in scena con le mani in tasca, come indifferente, come se non fosse successo niente, e il sogghigno (*Grinsen*) cui accenna Brecht e che è intuibile nella fotografia, sembra piuttosto avere il sapore ironico di chi vuol dire "vi ho fregati tutti". Si tratta davvero di un 'traditore'.

Come accennato, nella serie berlinese manca il momento dell'ingresso di Galileo: qui lo vediamo già seduto, dopo aver ascoltato il disperato insulto che gli ha lanciato Andrea. Ma questo atteggiamento, tristissimo, lascia intuire quanto diversa debba essere stata anche la sua apparizione, probabilmente barcollante. Rispettando la didascalia, il

Galileo di Busch appare adesso “completamente mutato”, però non tanto irriconoscibile quanto profondamente invecchiato: i suoi capelli e la sua barba sono adesso tutti bianchi; e il suo modo di sedere, curvo e con la testa che pare cadere da un lato, lo fa sembrare davvero un vecchietto che ha dovuto imparare a sue spese quanto sia difficile affrontare e vincere le difficoltà della vita, e quanto nemmeno la fede (o almeno la fede nella ragione) sia sufficiente per restare fieramente eretti: non un traditore, ma uno sconfitto.

Nel 1963 Giorgio Strehler mise in scena al Piccolo di Milano, in una sala che era appunto ‘piccola’, come quella del Coronet Theatre, la prima edizione italiana del grande dramma di Brecht. La realizzazione di quello spettacolo fu a lungo contrastata e diede luogo a un’aspra polemica, raccontata in un recente libro di Massimo Bucciantini, nella quale gli ambienti cattolici rovesciarono il grande tema del conflitto tra fede e ragione in una misera polemica tra la chiesa e l’anticlericalismo, da Brecht esplicitamente esclusa proprio in *Aufbau einer Rolle*, che, evidentemente, nessuno aveva letto. Grande interprete del personaggio di Galileo vi fu Tino Buazzelli, che era piuttosto grosso e pesante come Charles Laughton, ma che si era distinto soprattutto in personaggi dolorosi e modesti come il Willy Loman di *La morte di un commesso viaggiatore*.

Ho avuto la fortuna di vedere questo straordinario spettacolo che ero ancora studente. E la scena che mi è rimasta più icasticamente impressa nella memoria è proprio questa: l’ingresso di Galileo-Buazzelli dopo l’abiura. Che avveniva in questo modo: egli entrava come spinto da una forza brutale e quasi sovrumana, percorrendo il proscenio fino al centro, dove si fermava; ma lo faceva rimanendo sempre frontale, ciò che lo costringeva a non mettere una gamba davanti all’altra, ma a camminare incrociandole, in un equilibrio estremamente precario. Al centro del proscenio si fermava, tremante, e allora il pubblico poteva rendersi pienamente conto del suo

pallore, un pallore disumano perché artefatto: il suo viso era coperto da uno strato di gesso (non si dice: sei bianco come il gesso?). Era il volto stesso della paura, no: del terrore, il terrore che lo aveva colto alla sola vista degli strumenti, perché lui, come aveva detto l'inquisitore, di strumenti se ne intendeva. Non è un eroe, e non solo perché è sventurata quella terra che ha bisogno (*nötig* = necessario) di eroi, ma anche perché il martirio, la testimonianza (il latino '*martyr*' vuol dire in prima istanza 'testimone') può essere talvolta fine a se stessa: cosa aveva ottenuto Giordano Bruno facendosi bruciare vivo? Le sue visioni diverranno credibili solo quattrocento anni più tardi, e non su suo impulso. Galileo era un vile, forse, come la maggior parte degli uomini, ma non un traditore. Chi avrebbe il coraggio di definire traditori, o anche soltanto vili, quei partigiani che, sotto le torture dei nazisti, rivelarono i nomi dei loro compagni, per poi farsi semplicemente (?!) fucilare? Così Galileo pagherà per la sua viltà non solo scontando una lunga prigionia, ma anche perché corroso dal pentimento che lo costringeva a interpretare, lui stesso, quella viltà come un tradimento nei confronti della ragione, ossia della scienza, ma soprattutto nei confronti di quei miseri che la scienza avrebbe dovuto soccorrere, mentre ora, come lui aveva fatto, si metteva al servizio dei grandi e dei potenti.

Se dunque Ernst Busch e Charles Laughton rappresentano i due poli dell'immagine fisica di Galileo, Tino Buazzelli si avvicinava decisamente a quella del secondo, ma questo non gli impedì di dare una lettura decisamente diversa del personaggio, forzandone, semmai, la vicinanza a quella datane da Ernst Busch, più direttamente ispirata da Brecht. Forse anche per la difficoltà di trovare un attore con le caratteristiche fisiche di Laughton e di Buazzelli, la maggior parte degli interpreti di Galileo si è sempre avvicinata piuttosto alla figura di Ernst Busch. A partire da quello del film di Losey, 1974, Chaim Topol, un quarantenne di bell'aspetto e dal comportamento molto energico, ma che

cominciava a invecchiare già prima del momento della ritrattazione, quasi seguendo, semplicemente il passare degli anni; altri, come Franco Branciaroli nella regia di Calenda, erano già uomini di una certa età, ciò che impediva di sottolineare l'invecchiamento del personaggio, fosse dovuta allo shock dell'abiura o al semplice passare del tempo.

Una scelta analoga è stata quella di Gabriele Lavia, ma si tratta di un caso molto particolare. Perché Lavia era anche il regista, cioè, avrebbe detto Meyerhold, l'autore dello spettacolo, così come Brecht era l'autore del testo. Lo spettacolo di Lavia era in certo modo vicino a quel grande polpettone storico (sia pure di gran classe) che Brecht aveva esplicitamente escluso – e ciò anche se il regista-interprete proclamava di non aver aggiunto niente di suo al testo brechtiano. Comunque, in quanto 'autore', Lavia avrebbe potuto essere assimilato a Brecht, al quale peraltro non somigliava affatto. Ma forse non è impossibile immaginare un Galileo interpretato da un attore piccolo e segaligno, il cui aspetto ricordasse quello di Brecht, e cosa potrebbe significare una simile scelta? Uno dei personaggi prediletti di Brecht era il buon soldato Schvèik, al quale amava spesso riferirsi e che aveva magistralmente interpretato prendendo in giro, senza mai mentire, la commissione per le attività anti-americane. Avremmo allora un Galileo-Schvèik-Brecht, con questa differenza, che i potenti si dimostreranno più furbi di lui.

(tratto dal sito: www.cesare23.it)

(foto: Tino Buazzelli in *Vita di Galileo* di Brecht)